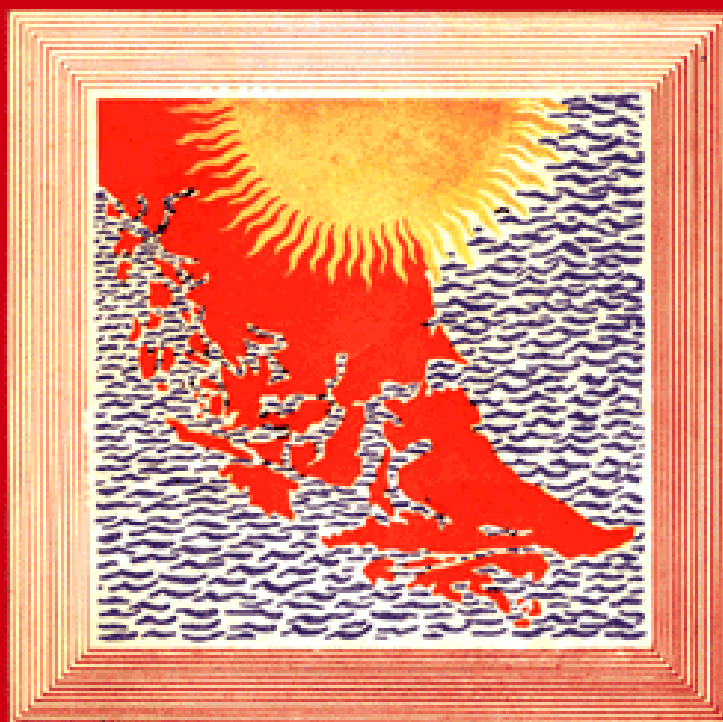


CARLOS KELLER

DIOS EN TIERRA
DEL FUEGO



Z I G - Z A G

Dios en Tierra del Fuego

Mitos y cuentos de los sélknam

Carlos Keller Rueff

COLECCIÓN ESTRELLA
EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
SANTIAGO DE CHILE, 1947

En la introducción de su famoso tratado de mitología, Bulfinch decía que "si sólo puede ser llamado útil aquel conocimiento que ayuda a crecer nuestra posición en la sociedad, la mitología no tiene lugar en esta clase de conocimientos, pero si aquello que puede hacernos mejores y más felices puede ser llamado útil entonces afirmamos que nuestro tema puede llevar tal denominación. Porque la mitología es la ayudante de la literatura, y una de sus mejores aliadas".

Desde un punto de vista exclusivamente estético, muy propio de la época en que fueron escritas las anteriores palabras, son veraces. Pero si ampliamos el horizonte de la utilidad de los conocimientos y entramos en las zonas de lo religioso, lo social y lo económico, también ahí los conocimientos de las creencias de los pueblos tienen una importancia capital para el desarrollo de su cultura y civilización.

En ambos sentidos es importante este libro que ahora ofrecemos. Como una muestra curiosa de fábulas, mitos y leyendas de gran belleza y extraordinario interés poético; y también para un mayor conocimiento psicológico de una de las razas más viejas de América, y de su posible incorporación a una obra de unidad y progreso.

Índice

Prefacio

Temáukel

Quenós

Los Hóhuen

Cuányip

Cran y Cra

Sur y Norte

Cásquels

Aquehuáuhuen

Los Yosi

Algo sobre los Animales

Los Jon

Cocpómec

Oncoljón

Elancáiyinc

Táiyin

Despedida

Prefacio

Los Motivos de estos Mitos y Cuentos han sido tomados de la Obra de Martín Gusinde "Die Feuerlans-Indianer", Tomo I, "Die Selknam", Viena, 1931, y son absolutamente auténticos.

De la misma fuente provienen las ilustraciones que se acompañan.

...y la luna llena se reflejaba en las tranquilas aguas del Lago Fagnano, en la Isla Grande de Tierra del Fuego. Las selvas de coihues y ñirres de la orilla del frente se habían callado. Tenenesc avivaba el fuego del campamento, alrededor del cual nos habíamos agrupado. Era una deliciosa noche de estío. Ningún ruido, ningún movimiento del aire perturbaban aquella perfecta tranquilidad.

Los ojos del viejo Hótej parecían perderse en el infinito, y su brazo extendido señalaba al lejano horizonte, mientras nos relatava las tradiciones de su pueblo.

Estas reuniones continuaron durante las noches siguientes, y lo que Hótej nos expresó me he esmerado en reproducir en las páginas siguientes.

Escuchémoslo...

Temáuquel

Yo os quiero hablar de nuestro mundo, de nuestras cosas, y os ruego que tengáis un poco de paciencia, pues comenzaré con lo más lejano y remoto. No os quiero ocultar nada: habéis de saber como se originaron y formaron todas las cosas y lo que representa cuanto nos rodea. Tened, pues, un poco de paciencia.

En aquellos tiempos lejanísimos, en el principio de los principios, existía sólo Él, Temáuquel. Nadie sabe de donde proviene, pues siempre fue y será.

Sabemos, sin embargo, que Él hizo el mundo.

Pero fue un mundo distinto del que vemos hoy día. Había una tierra plana, sin montañas, ni selvas, ni ríos, ni guanacos, ni aves, ni cururos.

Sobre esa tierra plana se levantaba un cielo bajo, sin sol, ni luna, ni astros. No había, por lo tanto, luz en el día, pero las noches tampoco eran tan profundas e impenetrables como se nos presentan ahora, cuando las tormentas azotan nuestra tierra, pues no había vientos, ni nubes, ni nevazones. Una semi-obscuridad envolvía todo el mundo.

Y tampoco había en él hombres, y por lo tanto le faltaba la alegría de la sonrisa humana y el llanto de su dolor. Era un mundo sin sentimiento, el principio de nuestro mundo actual, nada más.

Lo único que existía era, pues, Temáuquel y esa tierra y ese cielo incoloros: plana como una pampa sin límites, aquella; inerme y sumido en penumbra, éste.

Eso es cuanto sabemos de los tiempos más remotos, ese era el principio de los principios, el comienzo de nuestro mundo.

Me preguntaréis, ahora, qué era Temáuquel. ¿Era un hombre como nosotros? ¿Cazaba, comía, dormía, tenía hijos como nosotros? Todo eso os lo voy a explicar con todo cuidado y detalle. Escuchadme.

Hablamos muy poco de Él, y cuando lo hacemos, sentimos dentro de nosotros mucha seriedad y recogimiento. Por eso os hablaré de Él de voz baja. Acercaos un poco.

Os lo diré, desde luego: Temáuquel es cáspi, y nada más que cáspi.

Pues bien, me preguntaréis qué es cáspi.

¿Habéis visto alguna vez el reflejo de vuestro rostro, en uno de esos días de sol claro y brillante de nuestra hermosa primavera, en el espejo de una fuente cristalina? Recuerdo perfectamente cuando observé, por primera vez, mi propio rostro en esa forma. Era joven, un niño de pocos años. Me precipité sobre el agua y quise prender la imagen, pues, me parecía digna de hacerla mía (ni sospechaba siquiera que era mi propio rostro). Pero al tocar el agua y agitar su frágil superficie: se desfiguró la imagen, y luego desapareció. Después se me ocurrió que había sido mi propia figura. ¿Pero era realmente yo?

No podía ser. Toqué mi rostro, y se encontraba distante del agua. Además, era de carne y hueso, y lo podía sentir, produciéndome la sensación de algo sólido y cálido. Esa imagen en el agua, en cambio, no la podía tocar. Era como una sombra, aunque colorida, eso sí que impalpable. ¿Qué era, entonces? Digo que era mi cáspi.

¿O no habéis visto alguna vez la imagen de un fallecido? En los tristes años de vejez que llevo, muchas veces se me acerca el rostro querido de mi mujer difunta. Es como si hablara conmigo, especialmente en las largas noches de invierno, cuando brama la tormenta, y la lluvia inunda nuestra tierra. ¿Pero es ella? No, pues falleció hace muchos años, y yo mismo la sepulté, y vi que sus carnes se podrían y hacían tierra. Pero ella vive todavía de cierta manera, pero no es su cuerpo lo vivo, sino su cáspi, su man.

Así también es Temáuquel: cáspi y nada más que cáspi.

Por eso tampoco bebe, ni come, ni duerme como nosotros. No necesita de todo eso, pues el cáspi no requiere de nuestros alimentos ni bebidas, ni se cansa. Sencillamente, porque no tiene cuerpo.

Pero Temáuquel no es tampoco un cáspi humano. Nuestro cáspi es una imagen de nosotros, pero nadie jamás ha podido afirmar haber visto una imagen de Temáuquel, porque Él nunca tuvo cuerpo. Su cáspi no es, por lo tanto, humano, ni comparte los sentimientos que animan a los hombres.

No obstante, Temáuquel es también cáspi, aunque distinto del nuestro. Desde luego, tiene poder, un poder inmenso, sobrehumano, tan grande que fue capaz de hacer esta tierra y ese cielo, tal como existían en los tiempos remotísimos de que os he hablado. Y sigue teniendo ese poder, pues es el Amo de los Hombres, y todos nosotros estamos sometidos a Él.

Es por eso que lo tememos, aunque lo tenemos en la mayor estimación y aprecio. Si no cumplimos lealmente los mandamientos que nos impuso Quenós, por orden de Él, nos envía las enfermedades y la muerte, castigando así nuestra desobediencia. ¡Tan grande es su poder!

Es por eso, también, que las mujeres, cuando la familia se cobija en torno del hogar, protegiéndose debajo de la gran carpa de pieles contra los vendavales y las corrientes de agua que se precipitan del cielo, es por eso, digo, que las mujeres arrojan un tizón a la fría noche, murmurando entre dientes: "Eso es para TÍ ALLÁ ARRIBA".

Me preguntaréis tal vez, si Temáuquel, junto con castigar a los malos y desobedientes no recompensa a los buenos y obedientes. Pero, ¿qué motivos tendría para hacerlo? ¿No es el hombre bueno por naturaleza? ¿Tiene, entonces, derecho a recompensa por serlo, cuando su naturaleza es buena? No, Temáuquel no se preocupa de los buenos, pues ellos se limitan a cumplir con sus deberes, protegiendo a sus mujeres, sus hijos y sus congéneres, como veréis más tarde. Sólo le corresponde castigar a los malos, y eso lo hace en esta vida.

Ahora me consultaréis dónde reside Temáuquel, y os lo diré. Vive más allá de las estrellas. Más no sé de su residencia. Sólo os puedo agregar que el país en que vive se llama cielo y que ese cielo está mucho más lejano que el sol, la luna y las estrellas. Desde allá gobierna, en realidad, el mundo.

Pero no debéis creer que se preocupe de todos los asuntos y quehaceres de aquí abajo. No tiene por qué hacerlo, pues -como ya os relaté- se limitó a crear

este mundo y ese cielo visibles para nuestros ojos. Todo lo que ocurrió a continuación, de lo que luego os hablaré, no lo hizo él, sino Quenós, los hóhuen y los hombres que vinieron después, a quienes corresponde la responsabilidad por ello y no a Temáuquel. EL QUE VIVE EN EL CIELO sólo se preocupa, desde entonces, de velar por que los malos reciban su castigo.

El poder de Temáuquel es tan grande, que es capaz de separar nuestro cuerpo de nuestro cáspi y de llamar al cáspi a residir con ÉL ALLÁ ARRIBA. Esto ocurre con motivo de lo que los hombres llamamos la muerte, la que no conocían los hóhuen, pues ellos eran inmortales, como luego veréis. Eran tan inmortales como Temáuquel.

EL QUE VIVE EN EL CIELO no ha bajado jamás a este mundo, ni tiene por qué hacerlo, pues ve todo desde su residencia celestial. Ninguno de nosotros es capaz de encontrar un escondite suficientemente profundo para sustraerse a su mirada, ni en lo más oscuro de nuestras selvas, ni en la más negra de las cuevas de nuestras montañas. Temáuquel es capaz de descubrirnos en todas partes. Mira a través de nuestro cuerpo y ve nuestros pensamientos. Ni siquiera el espesor de nuestros ventisqueros es capaz de impedir que pase por ellos su mirada.

AQUEL ALLÁ ARRIBA es el más solitario de todos los solitarios. Antes que creara esta tierra plana y ese cielo sin astros, había sólo ÉL, y con todo lo que Quenós, los hóhuen y los que vinieron después de ellos han agregado a este mundo, ÉL sigue siendo el Amo y Señor de todo ello, y continúa siendo tan solitario como lo fue en el principio de los principios. No tiene mujer, ni hijos, ni parientes. Ni siquiera Quenós, quien fue enviado por ÉL a este mundo, para darle forma y crear hombres, no es hijo de ÉL, ni pariente, ni amigo. Vive muy distante de nosotros, y nadie se le puede acercar. Jamás se cansa. No conoce el sueño. Es eterno, nadie lo formó, y cuando termine todo lo que hay en este mundo, cuando ya no salga ningún sélcnam a cazar guanacos ni viva sélcnam alguno en esta tierra, ÉL siempre existirá, y no tendrá fin, como jamás tuvo principio.

Quenós

Es tiempo ya que os hable de Quenós, el Enviado de Temáuquel.

Nadie sabe, a ciencia cierta, cómo y cuando vino, ni de donde llegó, pero puedo aseguraros, eso sí, que su padre fue el Sur y su madre el firmamento. En tiempos remotísimos, el firmamento, su madre, se tendió sobre el Sur como la madre humana cubre a su hijo con la capa de pieles de guanaco, tiernamente, con inmenso cariño. Y así nació Quenós. Debo agregar que aquel Sur era uno antiquísimo, no el actual, y se llamaba Tarémquelas.

Más tarde, Temáuquel lo envió a la tierra, con el fin de que la recorriera en todas sus partes y la poblara de hóhuen, pues ella yacía inerme y desamparada.

En aquel tiempo, el mundo era una inmensa pampa, sin límite, informe. Las montañas, que se levantaron mucho más tarde, son hóhuen. Tampoco existía el océano, pues éste es Cooj, otro hóhuen, que llegó con posterioridad y que todavía no existía cuando vivieron los primeros hóhuen. Los numerosos y correntosos ríos, los profundos fiordos, rodeados de ventisqueros y nevados y las alegres lagunas tampoco existían, pues le deben su origen al habiloso Táiyin, de quien os hablaré más tarde. El suelo de la tierra era plano, sólido y duro, y Quenós pudo moverse sin dificultad a todas partes. Tampoco se presentaban los intensos fríos que suelen invadir nuestro país en la actualidad, pues Jóse, otro hóhuen, quien se transformó en ellos, todavía no había nacido. Tampoco había vientos, pues ellos, que son numerosas familias de hóhuen, llegaron más tarde. Existía, en cambio, un firmamento, pero no era el actual, pues no contenía el sol, ni la luna, ni las estrellas y era, además, mucho más bajo, encontrándose muy cerca de la tierra. Sólo en una época posterior se elevó al cielo Cranac-hátaij, el sol antiguo, y todavía mucho más tarde, Cran, el sol actual, y su esposa Cra, la luna, Cuányip y las demás estrellas. Todo eso lo sabréis en su oportunidad.

En aquellos tiempos de que os hablo, cuando Quenós llegó a la tierra, reinaba en ella una semi-obscuridad, tal como se nos presenta ahora en las noches de verano, cuando el sol se pone tarde y sale temprano y su luz, aunque débil y tenue, sigue llenando el cielo en el lapso que media entre su puesta y el alba.

Como ya os dije, Quenós tenía el encargo de poblar la tierra de gente, para darle vida y alegría.

¿Cómo los formó? Es algo que sabemos perfectamente. Se dirigió a un pantano y extrajo barro de él, exprimiéndolo en seguida con la mano, para eliminar el agua que contiene. Luego formó de ese barro dos órganos generadores, uno masculino y otro femenino, y los colocó sobre la tierra. De noche, ellos se unieron, y así nació el primero de nuestros antepasados, el primer hóhuen. En la segunda noche se unieron de nuevo, y se generó el segundo hóhuen, y así sucesivamente.

Esos primeros hombres crecieron inmediatamente, sin experimentar el lento desarrollo de nuestros niños. En pocos días ya eran perfectos sélcnam, altos, esbeltos, bien formados, robustos, ágiles caminantes y habilosos cazadores.

Durante mucho tiempo continuaron generándose los hombres de esta manera, y la tierra comenzó a poblarse.

Quenós no formó, sin embargo, hombres de una sola raza. En uno de sus viajes, por ejemplo, lejos de aquí, modeló órganos generadores de tierra blanca, y así se formó la raza blanca.

Pero tuvo buen cuidado de no mezclar todas esas razas, sino que señaló a cada cual las tierras que debían pertenecerles. Más tarde os relataré cómo la Isla Grande fue dividida por Táiyin en distritos y cómo entregó cada cual de ellos a las diversas estirpes de que se compone nuestro pueblo, el de los sélcnam. Os ruego retener en vuestra memoria, sin embargo, que esta distribución fue hecha conforme al encargo de Temáuquel, de manera que fue EL QUE VIVE ALLÁ ARRIBA quién nos entregó esta isla a los sélcnam.

Quenós no se limitó a formar los hombres, sino que les enseñó al mismo tiempo a hablar, les dio la lengua, los instruyó en sus deberes, señalando a cada sexo el trabajo que le corresponde y sus obligaciones, ordenó la vida y les indicó también lo que es bueno y malo. Es por eso que sus mandamientos son respetados rigurosamente hasta el día de hoy: porque provienen de Quenós, el Enviado de Temáuquel.

Desde entonces, los hombres están en condiciones de hablar con el HABITANTE DEL CIELO y han comenzado a procrearse ellos mismos, teniendo hijos.

Tuvo Quenós especial cuidado de crear hombres que tuvieran un buen contenido en su corazón, que fueran tusálicen, como decimos. Deseaba él evitar al hombre el dolor, y bien sabemos que le duele el corazón al malo. Por eso nos dio una naturaleza buena y nos enseñó a ser buenos por el bien que ello significa para nuestro corazón. Pero hay que reconocer, desgraciadamente, que no todos se ajustan a estos sanos principios, y que hubo y hay, desde los tiempos de los hóhuen hasta nuestros días, mucha gente mala entre todos los pueblos de la tierra.

Es por eso que Temáuquel se ve en la necesidad de intervenir en nuestro mundo, castigando a los malos con prolongadas enfermedades y con la muerte.

Me preguntaréis ahora qué es un sélcnam bueno, y voy a satisfacer vuestra curiosidad, tratando de explicarlo.

Quenós, coipo enviado del HABITANTE DEL CIELO veía en él al ser humano perfecto. Ya os expliqué que Temáuquel es cáspi, y nada más que cáspi. No tiene necesidades. No necesita comer, ni beber, ni dormir. Puede moverse libremente a través de los espacios. No depende de nadie, de la ayuda de ningún vecino, de ningún trueque de productos. Es inmensamente libre, pues se basta a sí mismo. Ve a través de las cosas. Es dueño y amo de cuanto existe.

Sería, por supuesto, pretencioso de parte de nosotros, pobres seres humanos, querer compararnos con Temáuquel y creer que jamás llegaremos a poseer sus facultades.

Pero podemos intentar imitarlo y hacernos perfectos, en la medida de nuestras fuerzas y recursos.

Es eso, justamente, lo que Quenós enseñó a los humanos.

Dijo a los hombres que debían dedicar su vida al trabajo, desde la primera infancia hasta la más avanzada edad. Es esa nuestra suerte en esta tierra. Trabajar, trabajar y trabajar. ¡Que no falte jamás la carne en nuestro hogar, para que no padezcan hambre los nuestros!

Debemos ser, también, previsores. No basta con tener un solo arco para cazar el guanaco, pues se puede quebrar, ¿y qué ocurrirá entonces? Por eso nos enseñó Quenós que dispongamos siempre de dos, uno de ellos de reserva para casos de emergencia.

Nuestro cuerpo, indudablemente, es una carga, pues nos impide ser puro cáspi, como Temáuquel. Pero esa carga que es nuestra carne es susceptible de ser transformada en algo semejante a cáspi. ¿Cómo lo lograremos? Pues bien, ejercitando nuestro cuerpo mediante toda clase de prácticas, para hacerlo esbelto, ágil, liviano, rápido, pues así perderá su pesadez e inercia y será algo vivo y movido. Es por eso que enseñamos a nuestros niños a emprender prolongadas marchas, a nadar a través de las lagunas y los ríos y en el mar y a ascender las altas montañas. Un buen sélcnam es tan rápido como un guanaco. ¡Y observad cómo se ajusta al terreno cuando persigue estos animales! Cualquiera sinuosidad de la superficie es aprovechada por él para hacerse invisible. Corre con facilidad asombrosa. No se cansa jamás. Trata de transformar, en buenas cuentas, esa pesada herencia de la carne en algo similar al cáspi.

"Un buen sélcnam trata de transformar la pesada herencia de la carne en algo similar al cáspi"

Naturalmente, para lograrlo será necesario que nos presentemos siempre bien peinados y perfectamente aseados.

Lo que diferencia el cuerpo del cáspi, es que aquel necesita alimentarse y éste no. El alimento nos aleja de poder ser cáspi, pero lo hace menos si evitamos toda glotonería, si nos limitarnos a consumir lo precisamente necesario para que nuestro cuerpo se asemeje, aunque imperfectamente, al cáspi.

Pero Quenós nos enseñó muchas cosas más, y sería pedirme demasiado que las relatará todas. Además, estoy seguro que me fallaría la memoria, para poder hacerlo. Por eso agregaré solamente algunas palabras más.

Si queremos ser realmente libres, como lo es Temáuquel, debemos depender lo menos posible de otros. Ved como vive el verdadero sélcnam: a los dieciocho o veinte años encuentra una muchacha de su agrado, se la solicita a sus padres, y se dirige con ella a la selva, para fundar su propio hogar. De día sale a cazar guanacos, mientras la mujer atiende a los niños, que pronto tienen, y quien sale con ellos a recoger algunos vegetales, preparando las comidas. Pasan la vida casi completamente solitarios, pues muy rara vez se juntan diversas familias. Y os diré algo más: si esa familia sélcnam jamás se encontrara con otra durante toda la vida, por ello no dejaría de poder existir. ¿Por qué es eso así? Sencillamente, porque Quenós nos enseñó a hacer una vida que no dependa de la ayuda o cooperación de nadie. Esa familia sélcnam está en condiciones de poder satisfacer todas sus necesidades. Construye su vivienda, elabora sus herramientas, sus útiles de caza, sus pieles y demás artefactos, prepara sus comidas y, en fin, hace ella misma todo lo que necesita para poder mantenerse. Todo eso lo consiguen un hombre y una mujer, quienes se preocupan al mismo tiempo de sus niños.

No hay, indudablemente, en esa pequeña familia sélcnam, una libertad tan grande como la que tiene Temáuquel, el Señor de los Espacios, pero hay una aspiración a acercarse a ese grado de libertad. Y es eso así, porque Quenós nos enseñó a vivir así nuestra vida.

Pero, por otra parte, aún siendo esto así, Quenós nos enseñó también que no seamos total y completamente solitarios. Él mismo se sentía mal cuando se encontraba solo en la tierra. Puede enfermarse o morir el marido o la mujer, ¿y qué ocurrirá entonces con la otra parte y con los niños? O bien, si otro pueblo invade nuestro territorio, ¿cómo lo defendemos solos? Además, ¿no sería pretencioso, de parte nuestra, querer saberlo todo, cuando la experiencia nos indica que cuatro ojos ven más que dos y que un ojo viejo ha visto muchas cosas que otro joven no ha tenido oportunidad de ver?

Todo esto nos demuestra que la convivencia con los demás también es necesaria. Es por eso que Quenós nos enseñó a ser desprendidos. De ahí que, cuando cazamos un guanaco, es un deber ineludible repartir su carne entre todos los presentes. Si encontramos por los senderos a un necesitado, lo invitamos a compartir nuestro hogar. Una viuda incapaz de alimentarse, formará parte de nuestra familia. Y aún cuando Quenós nos enseñó a contraer matrimonio con una sola mujer, nos permitió, sin embargo, hacerlo con dos en caso que la primera resultara estéril, pues de otra manera no podríamos cumplir con nuestro deber de procrear hijos, a fin de conservar el pueblo. En lo referente a nuestras relaciones con los demás, nos dijo que siempre seamos buenos compañeros; que evitemos el trato con gente pendenciera; que guardemos el debido respeto a los ancianos, buscando sus consejos, sin intervenir en sus conversaciones; que seamos capaces de dominarnos en tal forma, que nadie llegue a conocer nuestros pensamientos, cuando así convenga; y que tratemos con la mayor reserva posible todo conocimiento que interese a nuestro pueblo.

En lo referente a la mujer, los mandamientos que nos dio Quenós por encargo del QUE VIVE ALLÁ ARRIBA son semejantes, pero se refieren especialmente a su condición. Bien lo sabéis que entre los sélcnam la mujer es igual al hombre, su compañera por toda la vida, pero no su bestia de trabajo. No implica eso que ella no deba trabajar en sus asuntos, a igual que nosotros en los nuestros. Tiene a su cargo el hogar, la preparación de las comidas, la atención de los niños, por quienes tenemos el mayor amor, el arreglo de muchas cosas pequeñas pero necesarias. Debe hacer todo eso con dedicación y cariño, con la mayor destreza y estar siempre de buen ánimo, pues la alegría de la mujer en el hogar es como el sol de primavera de nuestra Isla Grande. Nada más detestable que una mujer que se irrita o que es mala lengua, pues ello, revela una falta de libertad, una dependencia de cosas menudas, que debe evitar todo buen sélcnam. Y como el mundo de nuestras mujeres lo representan nuestros hogares, es justo que concentren a ellos toda su atención y dedicación, sin entrar en relaciones con otros hombres. Pero deben cuidarse, también, de no perder en el diario trajín de la vida el encanto con que nos atraieron cuando las solicitamos por esposas. Vale decir, deben cuidar siempre su cuerpo, así como lo hacemos nosotros, vestirse bien y presentarse bien pintadas. ¿Hay, en realidad, mayor encanto en este mundo que ver a una de nuestras mujeres marchar a través de la selva o por sobre una colina cubierta de verde césped?

Pero os he hablado ya bastante de las enseñanzas que nos dio Quenós durante su estada en este mundo. Ahora vosotros mismos podréis determinar si las hemos cumplido o no. Hay entre nosotros, sin duda, cierta gente que se aparta de ellas, al menos en algunas ocasiones. Pero yo creo que si consideramos a los sélcnam en conjunto, nadie podrá negar que nos hemos formado en concordancia con ellas.

Pero me había olvidado de hablaros también algo de la ordenación del pueblo que recibimos de Quenós. Ya os dije que él nos entregó esta Isla Grande para que disfrutemos de ella. Todos los que vivimos aquí, desde el estrecho del Norte hasta el del Sur, desde las islas del Oeste hasta el inmenso océano del Este, formamos un solo pueblo, los sélcnam. Hablarnos una sola lengua, aunque con diversas modalidades regionales, y respetamos todos el mismo orden.

Dentro de este gran espacio, cada sélcnam tiene lo mismos derechos. Estamos divididos en familias, que llevan vida separada, y no hay nadie que las gobierne, fuera de ellas mismas. Pero esas familias se reúnen a veces para hacer vida común, lo que sólo pueden hacer cuando la caza ha sido abundante. Se juntan entonces para celebrar el clóqueten, de que os voy a hablar más tarde.

Con motivo de esta fiesta nos llegamos a conocer todos y nos enteramos de la gran hermandad que formamos. Allá los ancianos nos hablan de nuestras tradiciones, nos relatan nuestro pasado e inculcan a los jóvenes el cumplimiento de los mandamientos que Quenós nos dio por encargo de Temáuquel.

Y para defender esa gran hermandad nos ordenó, también, que practicáramos el ejercicio de las armas, a fin de defender lo nuestro cuando alguien pretendiera arrebatarlo. Tenemos, entonces, la obligación de dar también la vida si fuera necesario.

Como ya os dije, mucho más podría agregar sobre las acciones de Quenós en este mundo, pero ya es tarde, y me quiero limitar a relataros su fin.

En sus correrías a través de este mundo, Quenós se hizo acompañar por tres hóhuen. Habían transcurrido ya muchos años desde su llegada y había formado muchos de nuestros progenitores. Estaban cansados de tantos viajes y trabajos, y Quenós deseaba rejuvenecerse, pues había envejecido mucho. Para lograrlo, él y sus tres acompañantes durmieron durante largo tiempo, pero no tuvieron éxito con su propósito: ni podían vivir ni morir.

Por tal motivo, siendo ya muy ancianos, se dirigieron al Norte. Solicitaron a los hóhuen de esa región que les dieran entierro, lo que éstos hicieron. Ocurrió, sin embargo, lo inesperado: dentro de poco, volvieron a resucitar, despertando de la letargia jóvenes y pletóricos de fuerzas, así como la mariposa sale del gusano.

Otro tanto ocurría con todos los hóhuen. Cuando éstos llegaban a la ancianidad, se les enterraba, envueltos en su capa de pieles, y luego renacían jóvenes. No se conocía, pues, la muerte en aquella época. Todos los hombres eran inmortales, y sólo muchísimo más tarde, Cuányip logró hacer morir a los hombres.

También este arte de poder resucitar de la muerte lo obtuvieron los hóhuen de Quenós, pues él, personalmente, los enterraba y les lavaba el mal olor que exhalaban al resucitar.

Varias veces llegó Quenós así hasta la ancianidad, para volver a rejuvenecerse, y sólo así se explica que haya logrado realizar tantas acciones en este mundo y enseñarnos tantas cosas.

Pero estos trabajos lo cansaron, finalmente, y estimó que había llegado el día para separarse de la tierra. Llamó a Cenuque, para enseñarle el arte de la resurrección. El último día que estuvo en la tierra colocó el firmamento en la posición en que todavía está, levantándolo, de la cercanía de la tierra en que antes se encontraba. Y luego desapareció para no regresar más.

Los Hóhuen

Como habéis escuchado, muy buenos habían sido los propósitos de Quenós e inmensos los beneficios que de él recibimos.

Pero no siempre se cumple solamente lo bueno en esta tierra. Como seres humanos que somos, tenemos también pasiones, y a veces éstas nos arrastran consigo a precipicios insondables, empañando así la claridad que Quenós nos había traído.

Tengo para mí, sin embargo, que esos actos malos que cometemos no dependen siempre solamente de las pasiones que hay dentro de nosotros, sino que muchas veces ellas se originan y desarrollan debido a las situaciones en que nos encontramos en la vida. Hay gente muy buena que, no obstante, comete actos reprochables. Así como a menudo otra persona nos capta por la simpatía que le es innata, a veces despierta en nosotros también la resistencia, sin que podamos decir por qué. Si nunca la hubiéramos visto, quizás nunca habríamos tenido ocasión de cometer una maldad, pero por habernos encontrado con ella nos desviamos del recto camino y procedemos mal.

Digo todo esto, porque ahora quiero hablaros de los hóhuen, quienes, a pesar de haber sido creados por Quenós, no siempre cumplieron sus mandamientos.

Así tenemos, por ejemplo, a Cenuque, quien, no obstante haber sido compañero del Enviado y haber sido instruido por él en el arte de la resurrección, era de carácter muy diferente y, además, un poderoso jon. Desde joven era realmente repugnante, de mentalidad detestable, y muy peligroso. Dañaba a los niños y cometía toda clase de crueldades con ellos. ¿Podéis imaginaros algo más feo? ¡Ser malo con los niños, esas alegres y bulliciosas criaturas que son el encanto de nuestra vida!

Ese carácter dominante le fue peculiar durante toda la vida. Mataba a la gente por mero placer. Parece que la crueldad le era una verdadera necesidad. Por eso todos se unieron en contra de él, dirigidos por Cuányip, cuyo poder era mucho mayor que el de Cenuque. Habría podido estallar una sangrienta lucha en nuestro pueblo entre esos bandos enemigos, pero afortunadamente Cuányip logró vencer sin derrame de sangre. Este desenlace se produjo cuando Cenuque se convenció realmente que Cuányip le era superior, al producir la muerte de su propio hermano mayor, impidiendo su resurrección, como luego veréis. Ante este hecho, el mal genio de Cenuque fue víctima de una ráfaga de furia y se dirigió al cielo, donde se transformó en la estrella que vosotros los blancos llamáis Venus.

Escuchad la historia del padre de Cuányip, Háis, quien también era un jon muy poderoso, pero de buenas inclinaciones, aunque a veces también cometía actos reprochables. Era de origen del Norte del estrecho, pero éste en aquel tiempo todavía no existía, de manera que se podía llegar de a pie hasta la Isla Grande. Por la reputación de jon de que disfrutaba Háis, la gente del Sur comenzó a envidiarlo y tenerle odio, y se reunieron para combatirlo. Con este motivo se celebró el primer clóqueten, cuyos detalles os relataré más tarde. Como veréis, para celebrar esta fiesta, es necesario levantar una casa grande, con suficiente espacio para cobijar mucha gente. Pues bien, la casa grande que construyeron los del Sur todavía se puede ver: es la montaña llamada Máustas.

Cuando arremetieron en contra de Háis, éste se puso de guardia y trató de prender a algunos de ellos, para castigarlos. Esto, sin embargo, no le fue posible, pues los del Sur eran hombres-flechas y pasaban a su lado con la velocidad del rayo.

A pesar de ello, un día Háis, empleando todo el poder de jon de que disponía, logró apoderarse de una muchacha llamada Sáter, a quien obligó a trabajar en su hogar, para castigar así a los del Sur. La muchacha, que no se acostumbraba a las áridas estepas del Norte y sentía nostalgia por las verdes praderas y las selvas del Sur, se transformó finalmente en el arbusto que lleva su nombre, la zarzaparrilla. Y si miráis esta planta, con su tierno y flexible tallo, sus escasas hojas y las pequeñas frutas que cuelgan de ella como racimos de lágrimas, bien comprenderéis la tristeza que se había apoderado de ella, al verse privada de su libertad. Pero, por otra parte, cabe preguntar por qué participó Sáter en esa lucha contra Háis, que éste no había provocado.

Háis contrajo matrimonio con Cásmen y tuvieron una hija llamada Aquelvóin, quien tuvo, a su vez, una suerte muy deplorable. En efecto, ocurrió que Háis tenía un enemigo muy poderoso en Náquenc, otro de los más famosos jon de nuestro país. Para vengarse de los daños que éste le hacía a menudo, sin haber dado motivo, Háis entró en relaciones ilícitas con la de aquél, Hósne. Era Hósne una mujer bellísima, de muy buen corazón y llena de gracia, quien en el fondo sentía verdadero y profundo amor por Háis, lamentando solamente que ya tuviera otra mujer, pues de muy buen ánimo se habría casado con él. Tanto esta inclinación secreta de su hija, como el hecho de haber Háis logrado captar su voluntad, exasperaron a Náquenc. Desesperado como padre, herido en sus más profundos sentimientos, trató de concentrar todo su poder de jon para vengarse. En efecto, una tempestuosa noche, cuando todos los elementos parecían haberse desencadenado, logró captar a la hija de Háis, Aquelvóin, y cuando aquél, en las sombras de la noche, se dirigió a visitar a Hósne, la reemplazó por Aquelvóin, y así el padre tuvo un hijo con su propia hija. De esta manera nació Cuányip, el más conocido de todos los hóhuen que vivieron en nuestra tierra.

Con este ejemplo podéis ver que los hombres no necesitan ser malos por naturaleza para cometer maldades. Háis fue de los buenos, pero por serlo fue envidiado, y se le hizo la guerra. Fue natural que se defendiera, pues éste es un derecho que todos tenemos. Pero en la lucha una acción sigue a otra, y contra nuestra voluntad nos vemos repentinamente envueltos en situaciones que escapan a nuestro control, y nos hacemos malos.

Es lo que ocurrió con Háis. Pero como seguía siendo bueno, comprenderéis el inmenso dolor que se apoderó de su corazón al ver el fruto de su maldad, o sea, un hijo habido con su propia hija.

Ahora os pregunto: ante tal hecho, ¿qué actitud tenía que asumir un hombre bueno? No cabía elegir otra que transformarse él mismo en algo que expresara el abismo en que había caído, y por eso se convirtió en un inmenso precipicio, que todavía podéis ver, y que lleva su nombre. Se encuentra cerca del lago Fagnano.

No obstante esta maldad, los suyos lamentaron mucho su muerte. Su mujer, Cásmen, que más bien intuía lo ocurrido, sin saberlo cabalmente, no quiso separarse de él, montando guardia al lado de su cadáver. Allá la podéis ver, transformada en cerro, un poco más al Sur del precipicio de que os hablé. Y cuando murió más tarde Aquelvóin, se dirigió al mismo lugar en que se encontraban sus padres, y también se levantó en forma de cerro, al lado de su madre.

Yo os pregunto, ahora, si hay manera más humana para expresar la suerte de esta familia. Ved las profundidades del precipicio, que es Háis, el bueno, pero que no obstante cometió acciones que merecen la mayor reprobación de parte nuestra, como indicándonos hasta el día de hoy el abismo a que lo habían conducido sus pasiones. ¡Y ved a esas dos mujeres, la madre, desconsolada, y la hija, todavía llena de ternura y cariño para con su padre, protegiendo en forma de elevados cerros ese precipicio, como si todavía quisieran testimoniarle su lealtad!

Pero no termina aquí la historia de esa región del lago Fagnano. Antes que naciera Cuányip, Háis había tenido con Cásmen otro hijo, Ancmeric, quien fue, a su vez, padre de los dos hermanos Sasán de cuyo destino también os hablaré más tarde. Ancmenc tampoco quiso separarse de su madre, y en el día de su muerte se transformó en otro cerro, al lado de su madre y hermana. De esta manera, toda la familia se reunió allá, y sólo Cuányip, el hijo nacido en tan mal hora, siguió sus propios caminos, sin reunirse con sus parientes.

¿Comprendéis ahora lo que representa para nosotros nuestra Isla Grande? Vosotros, hombres blancos, la consideráis un tanto estéril y desamparada en su parte Norte, y a lo sumo os impresionan la altura, las escarpadas laderas y las blancas nieves y verdes hielos que cubren las montañas del Sur. Ninguno de vosotros quisiera habitarla de buenas ganas, y más bien lo hacéis porque buscáis vuestro provecho.

Pero para nosotros representa algo muy distinto. Es que cada sinuosidad de la superficie, cada cerro, cada lago, cada árbol y cada ave o animal nos evocan nuestro pasado, tienen profundo significado. Yo os he presentado un solo ejemplo, el de la familia de Háis, pero podríais seguir escuchándome muchas noches, y no terminaría de relataros lo que representa este mundo que nos rodea. Quizás, entonces, llegaríais a reconocer que hasta las cosas inermes de este país son cáspi.

Todo esto se lo debemos a los hóhuen. Gracias a la facultad de que los dotó Quenós, de no tener que morir, pudiendo transformarse, si no deseaban vivir eternamente, en otras cosas, han ido formando paulatinamente este nuestro mundo, dando vida y expresión a la tierra plana e informe que creó Temáuquel.

Pero perdonadme si termino aquí, para proseguir mañana con la relación de la vida de Cuányip.

Cuányip

Hijo de un padre bueno y de alegre ánimo, pero un poco mujerero, y concebido en relaciones ilícitas, aunque sin saberlo los partes, con su propia hija, no os extrañará que Cuányip resultara un tanto sensual, egoísta y entregado a los placeres y cosas de este mundo. Heredó del padre su buen ánimo y sus facultades de poderoso jon, pero las circunstancias de su concepción no dejaron de producir su efecto en él.

Por otra parte, como todo el mundo sabía su historia, es comprensible que las habladurías de la gente acentuaran esas condiciones de su carácter. Todos nosotros tenemos, en primer lugar, un gran respeto por nosotros mismos, y cuando otros nos hacen ver constantemente nuestros defectos, me parece muy natural que nos defendamos -al menos ante nosotros mismos-, afirmando los valores que otros niegan.

Por lo demás, Cuányip fue un hijo privilegiado de nuestra tierra. Bien lo sabéis que ella no es pródiga, ni en animales ni en plantas, y que tenemos que luchar mucho para encontrar nuestro diario sustento.

Pues bien, Cuányip disponía, en las pampas que quedan al Norte del estrecho, de guanacos domésticos, que podía coger con la mano, un beneficio de que ningún sélcnam, después de él, ha podido disfrutar. En el cabo San Pablo todavía podéis reconocer, en las areniscas endurecidas, las pisadas de esos animales.

Pero como se hacía mofa de él, por su origen, Cuányip se volvió tacaño, y no compartía con nadie la carne de sus guanacos. Ni siquiera a sus parientes, salvo los más cercanos, les convidaba carne. Es algo que ningún sélcnam puede aprobar.

Sus historias amorosas son muy numerosas, y me es imposible contarlas todas, pero al menos os relataré algunas de ellas.

Así, cuando joven, se enamoró de Oquelta, hermosísima muchacha de tierna edad, un verdadero prodigio de gracia. Cuanto más Cuányip la requería de amores, tanto más se le negaba, pero, mujer en fin, no dejaba de volver a atraer como si sintiera la necesidad de jugar con él. Ocrícen, hermano de Oquelta, estaba empeñado en influenciarla en contra de Cuányip, haciéndole ver su mal origen. Pero un día Cuányip, al ver defraudados de esta manera sus propósitos, y considerándose, además, víctima de ofensas gravísimas, empleó su poder de jon y transformó a ambos en lechuzas. Así se generó esta especie de las aves, que se esconden de día en los huecos de los árboles, para emprender el vuelo sólo de noche, cuando nada se ve de la belleza de la naturaleza. La gente, cuando las divisa, se espanta, porque sabe que nos traen enfermedades y aún la muerte. De esta manera, el poderoso Cuányip los obligó a exteriorizar una eterna vergüenza ante la luz del día, justamente porque ellos no se cansaban de hacerle ver la vergüenza de su nacimiento

Cuányip era alto, de contextura muy fuerte y disfrutaba de grandes influencias, gracias a su poder de jon. Donde él se sentaba, el suelo se hundía, dejando una cavidad, y las pisadas de sus pies quedaban igualmente marcadas en la tierra. En muchas partes de la Isla Grande se pueden ver esas cavidades y pisadas que dejó.

Tan grande fue su poder, que llegó a cambiar el régimen del día y de la noche. En efecto, por aquellos tiempos se había dirigido al cielo Cranac-hátaij, uno de los hóhuen de esa época remota, transformándose en sol. Parece que Cranac-hátaij era de espíritu muy observador y curioso, pues alumbraba no sólo durante el día, sino también durante casi toda la noche, lo que disgustaba mucho a la gente, especialmente a los casados, pues apenas podían juntarse por falta de obscuridad, y, además, muchas veces Cranac-hátaij se presentaba repentina e inesperadamente sobre el horizonte, de manera que la gente los sorprendía, riéndose de ellos.

Para Cuányip, de carácter tan enamorado, y todavía más, esposo de dos mujeres, este régimen era especialmente desagradable, por lo cual indujo al hijo de Cranac-hátaij, Cran, a reemplazar a su padre en el cielo, lo que éste hizo, como os relataré más tarde. Desde entonces tenemos el régimen actual de día y noche, con una prudente distribución de la luz y la obscuridad. Lo único de lamentar es que las noches de invierno sean tan largas en nuestra tierra y que el sol no alcance a calentar suficientemente en esa temporada del año. Pero, por otra parte, tenemos una recompensa en verano, cuando el sol apenas alcanza a ponerse, para luego salir a brillar de nuevo.

Cranac-hátaij desapareció desde entonces para siempre, y nadie sabe dónde quedó. Pero este cambio esencial se lo debemos a Cuányip, y hasta el día de hoy todos los sélcnam se lo agradecemos.

El más temible de los adversarios que tuvo Cuányip fue Cenuque, de quien ya os hablé algo. Habría mucho que agregar sobre sus relaciones, pero seré breve. Un día, Cuányip se dirigió a la costa para cazar cormoranes, levantando su vivienda en el fondo de una gran quebrada. Corría por ahí un alegre riacho, sobre cuyas orillas, cubiertas de pasto tierno, Cuányip tendía la gran red en cuyas mallas quedaban aprisionadas las aves. No fue pequeña su sorpresa cuando observó que grandes rociados de piedras caían por la pendiente de la quebrada, en dirección a su vivienda, haciendo peligroso acercarse a ella. Tal lluvia de piedras era la obra de Cenuque, quien bailaba arriba, sobre la ceja del precipicio, mofándose de Cuányip.

Debido a la imposibilidad de tomar venganza inmediata, Cuányip tuvo que hacerse el desentendido. No dejó por ello, sin embargo, de pensar en la mejor manera de obtener un desagravio.

Poco tiempo después Cenuque se dirigió al Sur, para cazar patos y gansos silvestres en las numerosas lagunas que existen en aquella región. Apenas llegó esto a conocimiento de Cuányip, éste llamó a los vientos y los hizo soplar con el mayor ímpetu. Al mismo tiempo hizo cubrirse el cielo de espesas nubes, que entregaron pesadas cargas de nieve, y finalmente; ya cubierto todo el paisaje de una capa blanca, corrió una verdadera muralla de hielo hacia el lugar donde se encontraba Cenuque, la que lo obligó a retirarse con toda su familia hacia la costa. Por mucho que Cenuque se defendiera, la muralla reducía cada vez más el espacio de que disponía, hasta que toda la familia tuvo que buscar refugio sobre un peñón que avanzaba al mar como promontorio. Viéndose perdido, Cenuque ingenió un curiosísimo arbitrio para salvarse. En efecto, él y toda su familia comenzaron a imitar a las aves, moviendo sus brazos como si fueran alas y estirando las piernas, hasta que realmente lograron volar, escapando de esta manera hacia Oriente.

Todos los sélcnam aplaudieron esta singular venganza de Cuányip, riéndose de Cenuque.

Una de las acciones que más agradecemos a Cuányip fue habernos salvado de Cásquels, un monstruo antropófago que vivía en aquellos tiempos. Ya tendré ocasión de hablaros de él.

Pero sin lugar a dudas el hecho más destacado realizado por Cuányip fue haber introducido la muerte en este mundo.

Ya os expliqué que Quenós y los hóhuen eran inmortales, pues cuando se les enterraba, por haber llegado a la ancianidad, resucitaban de inmediato a la vida y eran jóvenes y robustos.

Es para nosotros difícil imaginarnos una vida que no tenga fin. Nos parece natural que, al llegar a una edad muy avanzada, nuestro cuerpo se muestre cansado y el cáspi lo abandone, quedando inerme. Es este hecho algo que consideramos inevitable. Cuando yo muera, sé que mis hijos e hijas, y mis nietos y nietas llegarán a mi lecho de muerte, para despedirse de mí. Pero lo harán calladamente, sin pronunciar una sola palabra. ¿Para qué quejarse, cuando se trata de algo inevitable? Después, ya muerto, tenderán mi cadáver sobre mi capa de pieles, lo reforzarán con algunas ramas sacadas de los árboles de la selva y amarrarán bien el bulto con algunas correas de cuero de guanaco. Sólo entonces – sé- estallarán en lamentaciones, las que se prolongarán durante uno o dos años, todos los días, en la mañana y al anochecer. Vendrán cuatro o seis hombres, tomarán el bulto y lo llevarán a la selva, donde harán una tumba en un lugar escondido y de difícil acceso, cubriendo en ella mi cadáver de piedras y ramas, para que los zorros no lo vayan a profanar. Dentro de algún tiempo volverán nuevamente a inspeccionar el lugar, para cerciorarse de que ello no haya ocurrido.

Después, nadie más visitará la tumba, ni nadie sabrá donde ella se encuentra. Mi cáspi, en cambio, se habrá dirigido al cielo, para vivir allá junto a Temáuquel, siguiendo, como decimos, el camino de Quenós.

Fuera de esta manera de morir, hay otras. Lo puede a uno devorar, por ejemplo, un precipicio, un río o el mar. Pero hay también una muerte que es espantosa, porque es innecesaria. Me refiero, por supuesto, a la que ocasiona un jon enemigo, que nos envía sus flechas invisibles o su veneno impalpable y nos roba así la vida. Pero sobre las acciones de los jon os hablaré en otra ocasión.

Por ahora sólo quería explicaros que la muerte, que, salvo la ocasionada por los jon, se nos presenta hoy día como algo natural, no lo es, pues el hombre antiguo era inmortal y podía vivir la vida todas las veces que quería, siempre que no prefiriera transformarse en una estrella, una montaña, una ave u otro objeto.

¿Cómo llegó, ahora, la muerte a este mundo? Es algo que sabemos perfectamente y que os quiero relatar.

Ya os expliqué la historia de Cuányip y la forma como fue concebido por su padre y la hija de éste, Aquelvóin. Cuányip tenía un hermano mayor, Ancmenc, hijo de Háis y de Cásmen. Dadas las circunstancias especiales que rodeaban la vida de Cuányip, su hermano Ancmenc representaba para él algo así como la voz de la justicia que se levantaba permanentemente en contra de él. No es que Ancmenc hubiera tenido recriminaciones en contra de su hermano. Era de índole pacífica y de genio alegre y muy afable. Todavía más: tenía verdadero cariño por su hermano, cuyas faltas trataba de justificar cuando alguien las criticaba. Estimaba que Cuányip no era culpable de su suerte, y que nadie tenía el menor derecho de hacerle cargos de ninguna especie, como tampoco a Háis o a Aquelvóin, pues ninguno de ellos

había tenido conocimiento de lo que realmente había ocurrido aquella noche en que se concibió Cuányip.

Pero ya os lo expresé: hay, indudablemente, muchos casos en que el hombre procede mal por mala disposición de su naturaleza. Tenemos el ejemplo de Cenuque y de muchos otros, para demostrarlo. Pero no es necesario que tengamos que tener culpa para ser malos, por las circunstancias en que nos coloca la vida. A menudo somos malos contra nuestra propia voluntad.

Ocurría así que Ancmenc, a pesar de su buen carácter y suave trato, se le presentaba a Cuányip como una eterna acusación, que le evocaba constantemente su reprobable origen. Esta idea se apoderó de él como una obsesión y no lo abandonaba jamás.

Si salía a cazar, todos los árboles, los pájaros y los arroyos parecían susurrarle lo mismo. Veía por todas partes dedos que se dirigían hacia él, acusándolo. Y este estado de ánimo de Cuányip fue llevado a la exasperación por las burlas que hacían de él Cenuque y tantos otros.

Finalmente, en su desesperación, Cuányip comenzó a meditar acerca de los recursos de que disponía para poner término a este estado de cosas, logrando por fin la tranquilidad que tanto anhelaba.

Fue entonces cuando llegó a comprender que la única manera de conseguirlo, era introduciendo la muerte en esta tierra, pues si los hombres siempre volvían a resucitar y rejuvenecer, el recuerdo de todo lo ocurrido tenía que perdurar perennemente. Razonó él que era preciso poner término a la existencia individual, para evitar de esta manera que se acumulara un conocimiento exagerado de las cosas de este mundo.

Podría objetarse a este razonamiento que nunca seremos capaces de aprender suficientemente y que no debería existir limitación a la acumulación de conocimientos. Pero su propia experiencia, tan amarga y dolorosa nos señala también el reverso de esa disyuntiva. Indudablemente si sólo acumuláramos nociones útiles y provechosas, la vida eterna sería un gran provecho, pero, desgraciadamente, también acumulamos pasiones, odios, recriminaciones, y muchas otras cosas feas, que merecen ser olvidadas. Y debemos agradecer a Cuányip habernos librado de ellas por medio de la muerte que introdujo a nuestra vida.

Ocurrió ello, justamente, cuando Ancmenc, su hermano mayor, se había resuelto a dejarse enterrar para resucitar como joven. Al hacerlo, esa acusación en contra de su existencia que el hermano representaba para Cuányip, en el sentir de éste, perduraría también eternamente. Por eso Cuányip usó todo su poder de jon, impidiendo la resurrección de su hermano. Ancmenc falleció definitivamente, transformándose en uno de los cerros que se encuentran alrededor del precipicio todavía denominando Háis, como ya os conté.

No debo ocultaros que esta acción de Cuányip encontró una reprobación casi unánime en aquel tiempo. Los hóhuen habían disfrutado hasta entonces del privilegio de poder vivir eternamente, y no deseaban renunciar a él. Es probable que cualquiera de nosotros, colocado en su lugar pensaría lo mismo. Sólo algunos, como yo, ya muy entrado en años, que ha sufrido mucho durante su larga vida, aunque sin perder la fe en ella, comprendemos lo que realmente significa la muerte para los hombres. Y aunque los jóvenes piensen lo contrario, os digo que la vida se haría insoportable si no hubiera la muerte. El caso de Cuányip, que os he relatado con mucho lujo de detalles, así lo comprueba.

Como ya os dije, quien más se enfureció por haber introducido Cuányip la muerte en nuestra vida, fue Cenuque. Tanto se apasionó, que se dirigió al cielo, transformándose en estrella.

En realidad, si Cuányip había sufrido toda clase de persecuciones y recriminaciones durante su vida anterior, su situación se volvió aún más deplorable desde que introdujo la muerte, pues todos lo criticaban en forma por demás dura.

Debido a ello, Cuányip cambió de hábitos de vida. Dejó de ser el gran vividor que había sido en su juventud y se dedicó a profesar toda clase de atenciones y cariños a su madre, Aquelvóin, y a sus demás familiares. En verdad, llevó durante sus últimos años la vida de un verdadero sélcnam.

Y cuando, finalmente, falleció Aquelvóin, quien ya no pudo resucitar a la vida y se transformó en otro de los cerros que montan guardia alrededor del precipicio Háis, su padre, padre también de Cuányip, éste se pintó todo el cuerpo de rojo, en demostración de luto, como todavía lo hacemos los sélcnam, y pasó sus últimos años en la soledad de nuestras selvas.

Pocos años más tarde falleció también Cuányip, sin haber quitado el color rojo de su cuerpo. Se transformó en una estrella que todavía irradia ese color de sangre. Creo que vosotros, los blancos, la llamáis Orión.

¿Habéis contemplado alguna vez nuestro cielo de invierno? Me refiero a esas noches profundas, sin luna, cuando todo el paisaje está cubierto de nieve, cuando los vientos han detenido su curso y hay una diáfana tranquilidad en el ambiente, como si todas las cosas se encontraran en el más completo de los reposos: en esas noches frías, pero serenas, lo único que realmente demuestra vida, una vida fantástica, movidísima, es el firmamento que se extiende sobre nuestra tierra.

Y en ese firmamento hay un grupo de estrellas que son más vivas que todas las restantes: es el grupo de Cuányip. Podéis ver al propio Cuányip al centro, grande y rojo; frente a él, sus dos mujeres; a su lado, la madre de los hermanos Sasán, su cuñada; y un poco más retirados, los dos hijos de ella.

Cuando observamos su destello, en esas noches de que os hablo, es para nosotros como si estuviéramos en medio de aquella familia, como si compartiéramos sus pesares y sus alegrías.

Y de nuestros labios se desprenden entonces palabras de agradecimiento para Cuányip, el introductor de la muerte en nuestra vida.

Cran y Cra

Voy a hablaros ahora de otro asunto de la mayor importancia para nuestra vida, de las relaciones entre ambos sexos.

Ya os he explicado que entre nosotros la mujer ocupa igual situación que el hombre, pues Quenós ordenó que ella fuera nuestra compañera por toda la vida, prohibiendo terminantemente que la consideremos como algo inferior o como nuestra bestia de trabajo. Os manifesté también que, no obstante, fijó una separación muy clara y definida de las obligaciones de cada sexo, prohibiendo al hombre mezclarse en asuntos de la mujer, y a ésta, en los de aquel. Quenós dotó, sencillamente a cada sexo de fuerzas y facultades distintas, y me parece natural que cada cual haga lo que está en la medida de sus fuerzas y facultades.

Pero, como ya os habréis enterado, nuestra naturaleza no es algo fijo, sino permite numerosas desviaciones, desarrollándose en nosotros a veces condiciones que nos apartan del recto camino.

Es lo que ocurrió en tiempos de Cuányip, cuando Cran y Cra, ambos poderosos jon, formaban parte de los hóhuen de aquella época.

Cran había heredado el poder de que disfrutaba, de su padre, Cranac-hátaj, quien, como ya lo sabéis, se transformó el día de su muerte en el sol antiguo, que iluminaba el mundo durante un tiempo demasiado largo. Era Cran un gran cazador de guanacos, muy bien formado, ágil y ligero como ningún otro sélcnam. Aventajaba a todos por su enorme resistencia a las fatigas ocasionadas por prolongadas marchas, y era capaz de saltar, sin demostrar estar haciendo un esfuerzo extraordinario, de una ladera de una a quebrada a otra. Era, además, una excelente persona, solícito, servicial, gran entretenedor y siempre dispuesto a ayudar a los demás. Era uno de los pocos que mantenían buenas relaciones con Cuányip, pues no hacía caso de las habladurías que circulaban acerca de éste.

Contrajo matrimonio con Cra. Bella en su juventud y bastante atrayente, esta mujer demostró más tarde estar poseída de condiciones que nadie habría podido sospechar en ella durante su juventud. Se volvió dominante, absorbente e irritable en grado sumo.

Pretendía, desde luego, invadir la esfera de su esposo y obligar a éste a someterse a sus caprichos. Así, salía a cazar guanacos, lo que corresponde solamente a los hombres. Desatendía la familia, porque solía dirigirse a otros hogares, para intrigar en ellos con la ayuda de otras mujeres, que también eran apartadas por ella del recto camino señalado por Quenós.

Este matrimonio de Cran y Cra tuvo una sola hija, Támtn, y no es de extrañar que ella se dejara embaucar igualmente por la madre, siguiendo su ejemplo.

De esta manera, Cran tuvo que padecer muchas humillaciones, pero como era de tan buen carácter, se hacía el desentendido y conservaba su dignidad, sin producir escenas desagradables. Ciertamente es que muchas veces estuvo a punto de estallar en iras, pero su fuerte naturaleza siempre le permitió dominarse.

Las cosas, sin embargo, no siguieron indefinidamente así. Un buen día, Cra logró reunir a todas las mujeres y les pronunció un largo discurso, en que, en síntesis, les dijo que no debía continuar el régimen de libertad en que siempre hemos vivido los selcnam, sino que debía instaurarse un gobierno, y que el mando correspondía a las mujeres.

Estas prédicas fueron mantenidas, por supuesto, en el más absoluto secreto. Cra sabía perfectamente que tales propósitos tenían que encontrar, en un principio, una fuerte resistencia, pues significaban cambiar el orden establecido por Quenós, pero calculaba que sus fuerzas de jon poderoso lograrían convencer paulatinamente a todas las mujeres.

Así ocurrió, en efecto. Algún tiempo más tarde, las mujeres se separaron de sus hogares en medio de las sombras de la noche y se reunieron en un claro de las selvas, a cuyo borde levantaron un háin, o casa grande, con suficiente espacio para contenerlas a todas.

Cuando los hombres despertaron al día siguiente, encontraron que sus mujeres los habían abandonado. Su aflicción fue inmensa, pues casi todos les profesaban gran amor, y creían, en un principio, que les habría ocurrido alguna desgracia. Además, se vieron en grandes apuros para poder atender la caza, el hogar y los niños, simultáneamente. Cada cual corría a su vecino, para recoger de él alguna información sobre la suerte de su mujer. Pero cuando se enteraron de que en todos los hogares había ocurrido exactamente lo mismo, comprendieron que la desaparición de las mujeres representaba algo extraño, por lo cual decidieron realizar en conjunto una búsqueda, a fin de haberlas.

Llegaron así al claro de la selva donde las mujeres habían levantado el háin y pretendieron acercarse a él, pues escuchaban en su interior voces de mujeres.

No fue pequeña su sorpresa, sin embargo, cuando del háin salieron toda clase de espíritus de espantosa figura. Todos se presentaban perfectamente desnudos y pintados de la manera más extravagante, con rayas y círculos en diferentes colores. Y todavía más, esos espíritus llevaban máscaras que aparentaban rostros calculados a producir verdadero espanto en quienes los vieran.

Uno de esos espíritus explicó a los hombres que en el háin residía Jálpen, una mujer de cuerpo informe tan grande como una ballena, que vivía en la tierra y se alimentaba de carne humana, devorando a quienes se le acercaran. Agregó que esa mujer era, además, sensualísima, siendo capaz de agotar completamente las fuerzas del hombre que prendiera, para entrar en relaciones con él, dejándolo completamente exhausto e inerte, y devorarlo en seguida. Dijo, finalmente, que la única manera de aplacar las iras de Jálpen, era entregarle carne de guanacos en grandes cantidades, para que dejara de perseguir a las mujeres y a los hombres.

Mientras hablaba así aquel espíritu, se levantó en el háin un espantoso ruido. La tierra comenzó a temblar, y un verdadero fuego de chispas salió de la casa. Indudablemente -así pensaron aquellos hombres- Jálpen había salido del interior de la tierra y comenzaba a saciar su hambre, devorando a sus mujeres.

Presos de verdadero pánico, los hombres se mantuvieron a respetable distancia del háin, y no sabían qué actitud asumir. No se atrevían a levantar la mano, pues temían que cualquiera acción que emprendieran podría costar la vida a sus queridas mujeres.

Se les acercó, entonces, un espíritu de género masculino, llamando Sóorte, quien les explicó ser el marido de Jálpen y les manifestó que la única manera de poder escapar a ser devorados por ella, consistía en obedecer ciegamente no sólo a su mujer, sino a todas las mujeres.

Víctimas del terror infundido de esta manera entre ellos, los hombres así se lo prometieron a Sóorte. Y desde entonces comenzaron a cocinar, a cuidar los niños y a realizar todo aquello que es propio de mujeres, mientras que éstas salían a cazar guanacos y se ejercitaban en el uso de las armas.

¿Puede imaginarse mayor desatino? No obstante, el temor de los hombres ante lo que habían presenciado con sus propios ojos era tan grande, que se sometieron resignadamente.

Había dos entre ellos, sin embargo, que no estaban tan convencidos de la realidad que habían visto. Eran Cran y Cuányip. Ambos se reunían secretamente, para discutir sobre el significado de aquellas extrañas escenas, pero por más que meditaran, ni siquiera su enorme poder de jon fue capaz de comprender lo realmente ocurrido. También ellos tuvieron que obedecer a sus mujeres.

Al año siguiente, sin embargo, cuando las mujeres volvieron a anunciar a sus maridos la aparición de Jálpen, y se dirigieron al háin para aplacar sus iras, Cuányip indujo a Cran a que salieran a cazar guanacos, separándose de los demás hombres, todos ellos reunidos cerca del háin. Bien puede ser que Cuányip haya procedido así, en la esperanza de poder comprender mejor, desde la distancia, lo que realmente ocurría en el háin.

El hecho es que cuando Cran regresó de caza, se cansó mucho con el peso de un guanaco que traía sobre los hombros, por lo cual se acostó debajo de una mata de zarzaparrilla, para reposar un poco.

No había dormido mucho tiempo, cuando lo despertaron las voces de dos alegres muchachas que se bañaban en las aguas cristalinas de una lagunita existente cerca de la mata donde descansaba. Cran, de inmediato, se ajustó a una sinuosidad del terreno y comenzó a observar a las muchachas, mirándolas por el pasto que lo protegía.

Las niñas salieron del agua y se sentaron sobre el césped, hablando en voz baja. Ambas eran bellísimas.

Una de ellas se levantó en seguida y comenzó pintarse todo el cuerpo con la ayuda de su compañera: el tronco, de rojo; los antebrazos, las manos, las piernas inferiores y los pies, de blanco, con líneas rojas; llevaba, además, una faja blanca desde el cuello hacia abajo, por todo el pecho, y líneas blancas paralelas desde los hombros hasta las rodillas, con un color rojo oscuro entre ellas. Esta pintura era mezclada con gordura de guanaco, y la compañera de la muchacha le colocó plumas finas de ave sobre las líneas rojas, los hombros y los brazos. Finalmente, se colocó una máscara larga y puntiaguda sobre la cabeza, ornamentada de la misma manera que el cuerpo.

"La compañera de la muchacha le colocó plumas finas de ave sobre el cuerpo... y una máscara larga y puntiaguda sobre la cabeza."

Apenas terminada la preparación de estos atavíos, la joven, esbelta y graciosa, comenzó a dar pasos torpes y a adoptar los ademanes de un niño de tiernos años.

¿Qué significaba todo eso? Pues bien, Cran se enteró de inmediato, que aquella muchacha estaba preparando el papel de Quetérnen, que él mismo había visto representar en el háin, el año anterior. Quetérnen era presentado a los hombres como el hijo de Jaipén y Sóorte. Se les afirmaba que nacía mientras las mujeres estaban reunidas y que su madre mostraba especial irritación con tal motivo, devorando a todo ser humano que se le acercara.

- ¿Entonces...? pensó Cran, pero las propias muchachas se encargaron de disipar la menor duda que todavía pudiera haber tenido, pues comenzaron a mofarse de los hombres que tomaban en serio las escenas que sus propias mujeres les representaban, pues todos aquellos espíritus los habían inventado ellas mismas, con el único propósito de embaucar a los hombres y someterlos a su dominio.

La reacción de Cran ante este hecho no se hizo esperar y fue digna de aquel hombre tan perfecto: se elevó lentamente del pasto y retó a las muchachas en forma enérgica, haciéndoles ver la perfidia de sus actos.

Cuando las dos niñas contemplaron la magnífica figura de aquel cazador sobre la colina al borde de la lagunita, destacándose nítidamente del cielo azul, con su arco en la mano, y cuando escucharon sus severas palabras, se apoderó de ellas un miedo indescriptible, pues se dieron cuenta de que todo el juego que hacían las mujeres, encabezadas por Cra, estaba descubierto.

Y así, a los pies de Cran, comenzaron a recogerse en sí mismas, temblando y perdiendo lentamente su figura humana, hasta transformarse en dos cóoclol, y si observáis el comportamiento de estas dos pequeñas aves en nuestras lagunas y arroyos, cómo tiemblan y se muestran extremadamente tímidas al acercárseles un ser humano, comprenderéis por qué son así.

Cran, por supuesto, reveló el secreto a Cuányip, y después de largas discusiones y deliberaciones llegaron a la conclusión de que era preciso tomar medidas que representaran un castigo verdaderamente ejemplar, a fin de que no se volviera a perturbar el orden establecido por Quenós.

Es explicable que Cuányip fuera partidario de una acción tan enérgica, pues era de carácter violento, como ya lo sabéis. En cambio, Cran era de naturaleza extraordinariamente buena, y se resistió durante largo tiempo a aceptar un procedimiento demasiado riguroso.

Desde luego, insistió mucho en la necesidad de cerciorarse bien de lo que ocurría en el háin, para cuyo efecto se destacaron diversos emisarios cerca de él, quienes pudieron observar desde sus escondites en la selva que la casa grande contenía solamente mujeres, quienes eran las comediantes que hacían aparecer los espíritus, disfrazándose como tales. Todo esto vino a confirmar lo que Cran ya había establecido. Además, esos mismos emisarios pudieron constatar que aquellas maniobras de las mujeres eran dirigidas por su propia esposa, Cra.

Si esto ya produjo el efecto de irritar al tranquilo Cran, su indignación llegó a un grado difícil de superar, cuando las mujeres, en este segundo clóqueten, tuvieron la osadía de llevar las cosas al extremo de fingir haber sido devoradas todas ellas por Jálpen, desapareciendo durante varios días del háin, para regresar en seguida en pequeños grupos de la selva, afirmando que "el buen Olín" las había resucitado, otro de los espíritus inventados por ellas mismas.

Esto irritó a Cran al extremo de aceptar la proposición de Cuányip, en el sentido de terminar, sencillamente, con esa comedia y castigar a todas las participantes con la pena de muerte.

En efecto, puesta la verdad en conocimiento de los demás hombres, todos ellos juraron proceder conforme a lo propuesto por Cuányip. Para no exponerse a un inconveniente, destacaron a Sat cerca del háin, quien debía comunicarles, por medio de un silbido, el momento más oportuno para asaltar la casa grande.

Preparada así la acción, los hombres se acercaron poco a poco al háin, rodeándole por todas partes, a fin de que no pudiera escapar ninguna mujer.

Con estupor las mujeres observaron estos movimientos de los hombres, y un pánico creciente se apoderó de ellas. Cra les imploró que no perdieran el ánimo, haciéndoles creer que su poder de jon era suficiente para imponerse a los hombres. Salió del háin, disfrazada de Sóorte -el mismo Sóorte que los hombres ya habían conocido-, amenazándolo con Jálpen, quien se encontraría extremadamente irritada y dispuesta a devorarlos a todos, hombres y mujeres, si no se sometían a su voluntad y si los hombres no guardaban la debida distancia del háin. Pero todo fue en vano. Los hombres continuaban avanzando, y cuando Sat dio la señal para el ataque, todos se precipitaron sobre las mujeres, armados de grandes piedras y troncos de árboles.

Cran, irritado en grado extremo, avanzó con un enorme tizón en los brazos, cuyas llamas llenaban el espacio de humo.

Se trabó una verdadera batalla campal entre ambos bandos. Las mujeres, que no sabían cómo los hombres se habían enterado de su secreto, pero que tenían la evidencia de que lo conocían, procuraron imponerse echando mano a cuantos objetos estaban a su alcance, incluso los grandes pilares de piedra del háin. Casi todas ellas luchaban disfrazadas de espíritus, presentando de esta manera el campo de lucha un aspecto realmente grotesco, pues se juntaban los cuerpos hermosos y bien formados de los hombres con las fantásticas figuras de sus mujeres.

En esta lucha, Sóorte perdió su máscara, y Cran, reconociendo a su mujer, se precipitó sobre ella, dándole fuertes golpes con su tizón. Al principio, Cra resistió, pero luego vio que su marido le era muy superior en fuerzas, y prefirió emprender la fuga, perseguida a través de la selva por su esposo furibundo. Cada vez que la tocaba con el tizón, la tierra y el cielo temblaban espantosamente, y las estrellas comenzaron a tremolar.

Cra imploró demencia, pero Cran estaba tan irritado, que sus castigos eran cada vez más duros, por lo cual Cra se vio obligada a huir al cielo. No por eso su marido continuó persiguiéndola, elevándose también a las alturas, donde la sigue persiguiendo hasta el día de hoy, pues Cran es el sol y Cra la luna.

Si observáis, ahora, estos dos astros mayores de nuestro firmamento, podréis reconocer sin mayor esfuerzo todo lo ocurrido. Veréis que Cran sigue siendo tan claro, brillante y luminoso como lo fue cuando vivía en esta tierra como hóhuen. El comportamiento de Cra, en cambio, es muy distinto. A veces se tiñe de rojo, exteriorizando así la rabia que la domina cuando piensa en la supremacía que los hombres tienen sobre las mujeres en lo referente a su fuerza física, lo que desbarató todos sus propósitos. Las manchas que podéis ver en su rostro provienen de los golpes que le dio Cran con su tizón. Si se le acerca su marido, el sol, se presenta débil y flaca de fuerzas, perdiendo de volumen, como si implorara clemencia ante su ira. Pero no debemos fiarnos mucho de ella, pues a medida que

su marido se vuelve a alejar, comienza a crecer de nuevo, ostentando la misma vanidad y soberbia que la caracterizó sobre la tierra. Muy peligrosa es cuando desaparece del todo, lo que consigue tiñéndose el cuerpo con carbón. Esto lo hace con el único propósito de volver por sus antiguos fueros, es decir, porque desea engañar a los hombres, para atraerlos, embaucarlos y devorarlos si los puede haber. Cuando se presenta así la luna, los sélcnam consultamos a nuestros jon y les pedimos que le envíen sus huáiyuhuen, que os explicaré en otra ocasión.

Es muy peligrosa la luna. Cuando demuestra síntomas extraordinarios, una familia aislada hace bien en cobijarse debajo de la gran capa, para que no la alcancen sus miradas. Es también muy inconveniente que los niños la miren con mucha atención, porque pueden perder la memoria, y aún morir.

Debo agregar, sin embargo, que fue una gran suerte que Cran no matara a su mujer, pues si lo hubiera hecho, se habría podido derrumbar todo el firmamento.

Terminó aquella batalla, que os he relatado brevemente, con la total extirpación de todas las mujeres que habían participado en aquel clóqueten. Ninguna de ellas salvó la vida, y solamente algunas muchachas sin discernimiento fueron conservadas, para que no se extinguiera todo el pueblo.

Todas las mujeres que perecieron se transformaron en animales, y si os fijáis en los colores y diseños que éstos llevan en sus pieles, no os será difícil reconocer los colores y dibujos que se pintaban las mujeres sobre sus cuerpos en el clóqueten.

Para completar esta relación, debo deciros también que Cran tenía un hermanastro llamado Acáiric, quien era de tan buen ánimo y condiciones como Cran, y de carácter aún más tratable y agradable. Por eso, se transformó en el arco iris, cuya bellísima forma y alegres colores habréis contemplado muchas veces en nuestra Isla Grande.

Un pariente de naturaleza muy diferente de ambos era Quehac-onh, pues se distinguía por un ímpetu y un temperamento sin iguales, corriendo por las praderas con la velocidad de un rayo, por lo cual cuando falleció se transformó en el Sur.

Desde allá provienen las grandes tempestades que azotan a menudo nuestra isla, y la próxima vez tendré oportunidad de relataros algunos hechos de su vida. Quisiera agregar, desde luego, sin embargo, que cuando se disipan los nubarrones y Cran vuelve a tocar la tierra con sus rayos, siempre se encuentra frente a él su hermanastro Acáinc, quien se levanta entre la lluvia, presentándonos su hermosísimo arco multicolor.

Así terminó, pues, la lucha entre Cran y Cra, y se volvió a restablecer el orden instaurado por Quenós. Al mismo tiempo se modificó el régimen del día y de la noche, pues Cran vino a reemplazar a su padre, Cranac-hátaj.

Antes de terminar, quisiera incurrir en una infidencia, que sólo me atrevo a hacer por saber que vosotros sois hombres buenos que guardaréis este secreto que os revelaré.

Aquel clóqueten que celebraron las mujeres no fue el último que se llevó a efecto entre nosotros.

Pocos años después de la batalla que os he relatado, cuando las muchachas que salvaron su vida en ella habían llegado a la edad que las facultaba para contraer matrimonio, los hombres se reunieron en la montaña llamada Maustas,

sobre la península Mitre, para celebrar el primer clóqueten masculino. Levantaron el háin, se pintaron el cuerpo en la misma forma como lo habían hecho las mujeres y representaron a éstas los mismos espíritus con que aquellas los habían intimidado. Aprovecharon, además, esta oportunidad para instruir a los jóvenes en las tradiciones del pueblo y enseñarles cuanto debe saber un buen sélcnam para ser un miembro útil y digno de nuestra gran hermandad.

Estos clóqueten los hemos seguido celebrando anualmente hasta el día de hoy. Las mujeres, cuando ven los espíritus -la feroz Jálpen, Sóorte, Cátaij, Mátan, Cosménc, Cúlan y tantos otros-, manifiestan el mismo espanto y temor que ellas mismas habían infundido a nuestros antepasados.

Los hombres han sabido guardar el más absoluto secreto acerca del verdadero alcance de esta fiesta, y puedo daros la seguridad de que cuando muera el último de los nuestros, llevará consigo a la tumba este secreto, que ninguna mujer jamás llegará a conocer.

Sur y Norte

Al relataros la historia de Cran y Cra, ya os evoqué la figura de Quehac-onh, el veloz cazador de guanacos.

Casi podría decirse que era una verdadera encarnación de la juventud: rebosante de salud, de fuerzas, de vida y movimiento.

Muy joven todavía, casi un niño, había conocido en un clóqueten a una muchacha digna de él, Huauquelnáma. Apenas había tenido ocasión de conversar con ella, pero una breve mirada que los había unido por un solo instante, habría sido suficiente para que esa joven captara su corazón.

Años después, siempre seguía pensando en ella. Para decir la verdad, debo agregar que no sé bien si tal pasión fue solamente amorosa, o si iba acompañada del afán de buscar aventuras que es común a todos los jóvenes, pues Huauquelnáma era hija de Ctáit, el Norte, y las opiniones eran unánimes en el sentido de que era casi imposible llegar hasta aquella región, donde vivía el padre con la hija y adonde regresaron después del clóqueten.

Digo esto, pues Quehac-onh jamás dio a conocer sus verdaderos propósitos, sino que fingió querer realizar un viaje al Norte, para demostrar que era capaz de salvar todas las dificultades. Nadie hasta aquella época había logrado llegar hasta el Norte, pues aún cuando algunos se le habían aproximado, todos habían tenido que regresar, debido a los enormes obstáculos que se les oponían.

El más destacado de los pretendientes de la bella Huauquelnáma había sido Sínu, el Sudeste, pero por más fuerza que concentrara para llegar al Norte, Ctáit lo había rechazado con su fuerza aún mucho mayor.

Así, pues, Quehac-onh reunió a su mejor gente y preparó cuidadosamente la expedición. Cada uno de sus hombres disponía de magníficos arcos, bien labrados, y de capas nuevas, buenas y grandes ojotas para la nieve y hermosísimos cócel que les cubrían la cabeza en forma de gorras elaboradas de cuero de zorros. Era, en realidad, un impresionante cuadro, ver a sus hombres ejercitarse para aquella prolongada marcha, corriendo como velocísimos guanacos por las praderas, disparando las flechas a larga distancia, con asombrosa precisión, y realizando espléndidas luchas cuerpo a cuerpo. Todos los sélcnam del Sur los acompañaron con sus mejores deseos cuando emprendieron la marcha.

"Cada uno de sus hombres disponía de magníficos arcos"

Cuando Ctáit llegó a saber de esa expedición, atacó a los expedicionarios con sus mejores armas: vientos huracanados, espesas neblinas y verdaderos diluvios de lluvia que hacían crecer los ríos y transformaban las pampas en pantanos y las laderas de los cerros en barrizales.

Después de muchos días de marcha, los hombres de Quehac-onh se encontraban completamente exhaustos, y muchos de ellos comenzaban a solicitar se les permitiera regresar. Su jefe, sin embargo, se mostró inflexible, pues estaba

decidido a imponerse a Ctáit. Lo único que les concedió fue un descanso de algunos días, después del cual reemprendieron la marcha.

Finalmente, pudieron observar que el aire se volvía más cálido y que el cielo se comenzó a despejar. Y pocos días después levantaron sus tiendas frente al campamento de Ctáit.

El Norte había querido recibirlos en son de guerra, pero Quehac-onh, que sospechaba este propósito, usó un arma aún más poderosa, que no pudo dejar de desarmar a aquél: se acercó completamente solo al campamento de Ctáit y le solicitó hospitalidad. Ante este gesto, aquél, por mal que le pareciera, se vio obligado a acceder.

Pronto Quehac-onh se captó las simpatías de los del Norte, pues su alegre sonrisa y la facilidad de su palabra penetró a todos los corazones. Finalmente, propuso a Ctáit que se realizara un certamen atlético entre ambos bandos, a fin de que demostraran sus condiciones. Así se convino, en efecto, para el día siguiente.

En los ejercicios de carreras, saltos y disparo de flechas la suerte favoreció ya a uno, ya a otro de los participantes. No hubo una decisión clara. Pero cuando se efectuaron las luchas cuerpo a cuerpo, en que el objetivo consistía en arrojar al adversario al suelo, tendiéndolo sobre la espalda y colocándose sobre su cuerpo, de manera que no se pudiera levantar, los hombres de Ctáit llevaban una ventaja innegable.

"Disponían de capas nuevas... y de hermosísimos cócel que les cubrían la cabeza en forma de gorras elaboradas de cuero de zorros."

Hasta entonces Quehac-onh se había limitado a presenciar las luchas, sin participar en ellas. Ahora, sin embargo, se hizo parte en ellas, y arrojando al suelo su hermosa capa de pieles, se presentó en el centro del campo, desafiando, uno por uno, a todos los hombres de Ctáit. La sorpresa de éstos fue grande, pues Quehac-onh venció a uno tras otro. Y cuando Ctáit mismo participó en esa lucha, todos temieron un desenlace sangriento, pues se mostraba un tanto irritado. Ocurrió, sin embargo, que Quehac-onh lo venciera con suma facilidad, y lejos de demostrar el menor encono, se levantó sonriente, ofreciendo su mano a Ctáit, para que también lo hiciera, e invitó a todos a celebrar al día siguiente un clóqueten. Este gesto de Quehac-onh volvió a desarmar a todos los espíritus inquietos.

"Realizaron luchas cuerpo a cuerpo"

En efecto, aquel clóqueten se celebró dentro de la mayor alegría y duró algunas semanas. Fue una de las más hermosas fiestas de que hay recuerdo en nuestra tierra.

Durante su desarrollo, Quehac-onh hacía frecuentes alusiones a Ctáit acerca de su familia, manifestándole interés por conocerla. Pero cada vez que lo hacía, Ctáit mostraba un rostro severo y reservado, dando a entender que ella se encontraba lejos de aquel lugar.

Quehac-onh, sin embargo, aprovechaba las noches para explorar los alrededores del campamento, y en una de sus correrías descubrió la vivienda de Ctáit y vio también en ella a la bella Huauquelnáma. Difícil es describir la inmensa

alegría que llenó su corazón cuando se vio frente a la meta de su expedición. Durante largo tiempo permaneció escondido entre las hierbas, contemplando aquella hermosísima muchacha. Era un verdadero león marino en celos.

Durante varios días, Quehac-onh estaba en la duda si debía o no dirigirse a Huauquelnáma, para solicitarle se uniera con él en el matrimonio. ¿Cómo recibiría la joven esa proposición? ¿...Y si lo rechazaba?

Pero, para ser breve, el renombre de las bellas cualidades que caracterizaban al Sur ya había llegado a oídos de la muchacha, quien tampoco lo había podido olvidar, desde los tiempos del clóqueten en que, aunque sólo por un breve instante, se habían conocido.

Por tal motivo, cuando el joven le abrió su corazón, en una hermosa noche de luna, que alumbraba la pampa como si fuera de día, no hubo necesidad de muchas palabras: las miradas y los besos hablaron un lenguaje por demás elocuente.

Quedaba, sin embargo, por librar la batalla más difícil: la obtención del consentimiento del padre.

Ante la insistencia de Quehac-onh, de conocer su familia, Ctáit se dio cuenta, por fin, de los verdaderos propósitos de la expedición de aquel, lo que hizo renacer en él la resistencia que siempre había manifestado; contestando en forma terca y anunciando que al día siguiente su gente abandonaría el clóqueten.

Quehac-onh comprendió que era inútil insistir y que era preciso emplear todo su poder de jon para imponerse. Por tal motivo, aquella noche comenzó a soplar el viento Sur con ímpetu cada vez mayor. El cielo se cubrió de tupidas nubes negras y comenzó a nevar. Un frío espantoso invadió todo el país. La furia del temporal llegó a tal extremo, que el aire disipaba la nieve en pequeñísimas partículas, produciéndose el viento blanco, cuyo bramido espantaba los corazones más valientes. Y una de esas ráfagas levantó la tienda de Huauquelnáma, con todas las cosas que contenía, y se la llevó consigo.

Cuando Ctáit examinó al día siguiente los alrededores del campamento, sólo pudo establecer que su hija había desaparecido, y con ella toda la gente de Quehac-onh. La nieve cubría todo el paisaje como el plumaje de un cisne silvestre, no dejando reconocer rastro de huellas humanas.

Ctáit comprendió perfectamente lo que significaba eso, y, preso de la mayor irritación, ordenó iniciar de inmediato la persecución del raptor hacia el Sur.

Ante esta arremetida, Quehac-onh le envió tempestades, rayos y nevazones, que dificultaban mucho el avance. No obstante, Ctáit se acercaba cada vez más. Una segunda tempestad, aún peor que la primera, tampoco produjo el efecto anhelado, y se acercó a la gente de Quehac-onh en tal forma, que sus flechas casi los alcanzaban.

Haciendo un último esfuerzo, los del Sur comenzaron a ascender un cerro de escarpadas laderas, último obstáculo que los separaba de su país.

Ctáit le envió una tupidísima neblina e hizo descargar a las nubes un verdadero mar de lluvias. El agua corría por la ladera de la montaña, arrastrando consigo árboles, piedras y cuanto se oponía a su paso, de manera que los hombres de Quehac-onh comenzaron a deslizarse hacia el precipicio, desde donde los perseguían los de Ctáit.

En medio de esa tormenta se libró entre ellos una feroz lucha, hombre a hombre. No es posible explicar con precisión si fue el cansancio producido por la lucha misma, o bien la potencia de las fuerzas naturales desencadenadas, lo que puso fin a la contienda. El hecho es que, finalmente, los contendores de ambos bandos descansaron, totalmente agotados, al pie de la montaña.

El único que no durmió en aquella noche fue Quehac-onh quien velaba mientras su bella novia dormía a sus pies, envuelta en las capas de pieles de ambos.

Si no lograba imponerse en aquel trance, era indiscutible que perdería a Huauquelnáma. Y por eso, concentrando todo su poder de jon, envió por los aires su huáiyuhuen a su padre, el viejo Sur, Tarémquelas; solicitándole su ayuda. Tenía la seguridad de que las fuerzas de jon de aquél eran suficientes para decidir la lucha.

En efecto, aquella noche se enfrentó al violentísimo viento Norte una corriente aún más fuerte proveniente del Sur. Al chocar ambas, no podía saberse, en un principio, cual de ellas prevalecería. Los vientos cambiaban constantemente de dirección, soplando ya del Norte, ya del Sur, del Este y del Oeste. Era como si se impulsaran los unos a los otros, formando fantásticos torbellinos y aullando como lobos marinos. Pero, finalmente, se impuso el viento Sur. Comenzó a nevar profusamente, y el frío se hacía cada vez más insoportable. Tan intenso fue éste, que hasta los ríos y el mar se cubrieron de hielo.

Ante la imposibilidad de resistir a este frío, los del Norte, que viven en un país más benigno y acariciado por un sol más cálido, se vieron obligados a abandonar el campo de batalla, sin volver a presentarse a la lucha.

¿Qué más cabe agregar? Pues bien, que Quehac-onh regresó tranquilamente a su país con la bella Huauquelnáma, donde vivieron muchos años en matrimonio feliz, teniendo numerosa prole.

Por más que Ctáit pensara más tarde en tomar venganza, volviendo a avanzar al Sur; éste siempre logró oponerle una muralla insalvable de nieves y hielos, quedando, pues, como dueño indiscutido de este país.

Cásquels

En tiempos de Cuányip vivía uno de los hombres-monstruos más detestables de que tengamos conocimiento.

Se llamaba Cásquels, y si me preguntáis cómo lo podría describir, se me ocurre que la más precisa caracterización sería calificarlo de anti-cáspi por excelencia. Era, en realidad, una unión de cuantas bajas pasiones son imaginables: de hambre insaciable, vengativo, de sentimientos perversos y de una crueldad insuperable. En una palabra, era una verdadera encarnación de cuanta fuerza bruta haya producido la naturaleza.

A todo esto cabe agregar que era de figura gigantesca. Sus piernas eran más grandes que un coihue y más fornidas. Sus brazos tenían los músculos tan desarrollados, que con su honda era capaz de lanzar grandes peñascos a apreciables distancias. Su cabello, negro y desordenado, se parecía a una enorme mata de cochayuyo.

Este gigante tenía la costumbre de cazar hombres, lo que le era fácil, debido a los peñascos que arrojaba a grandes distancias. Todavía más: tenía preferencia por mujeres embarazadas. Siempre había una en el palo para asar frente a su hogar. Llevaba un cócel elaborado de cuero de niño recién nacido. Cuando encontraba infantes en su camino, los estrangulaba entre sus dedos y colgaba de la cintura, para asarlos en seguida.

Todos se escondían al escuchar el temblar de la tierra que ocasionaban sus pisadas, pero tenía perros de sangre que perseguían a los hombres, hasta cansarlos. En seguida le era fácil haberlos.

Por más que se juntaran para perseguirlo y dominarlo, todos los esfuerzos resultaron absolutamente vanos. Las flechas que le disparaban se rompían cuando chocaban con la capa de cuero humano que envolvía su cuerpo.

Aún los más poderosos jon tuvieron que reconocer ser incapaces de atacarlo: su arte no tenía aplicación donde faltaba todo sentimiento humano, como ocurría con Cásquels.

Un día este monstruo se llevó consigo a los dos sobrinos de Cuányip, los hermanos Sasán. En vez de matarlos, prefirió emplearlos como ayudantes, para mostrar así el desprecio que tenía por su tío. En efecto, los obligó a sacar las entrañas a sus víctimas, para lavarlas. En seguida se las daba de alimento. De esta manera, los hermanos andaban siempre con todo su cuerpo salpicado de sangre humana.

Es fácil imaginarse la irritación que este hecho tuvo que producir en Cuányip. En el primer instante, pensó precipitarse sobre el gigante, para ver modo de vencerlo en la lucha. Pero luego se convenció de que tal empresa tenía que fracasar fatalmente, pues la experiencia indicaba que muchos otros, que en su desesperación habían tratado de hacer lo mismo, habían encontrado una muerte segura.

Llegó así a la convicción de que era más conveniente buscar el desenlace en una estratagema, pues Cásquels, en su opinión, sólo podía ser vencido por un engaño bien preparado y realizado con el máximo de inteligencia.

Con esta intención, Cuányip se disfrazó de anciano menesteroso. Dejó crecer su cabello y su barba, cubrió sus espaldas de una capa raída y, apoyado en un báculo, se presentó en la vivienda de Cásquels, solicitando un poco de alimento.

Cuando lo vio el gigante, estalló en una carcajada y se le acercó, tirándolo de su barba. Lo examinó enseguida por todas partes, tocando sus carnes, y se tapó luego las narices, como para dar a entender que el anciano no le ofrecía absolutamente ningún atractivo.

A continuación mostró con la mano hacia la parte trasera de la vivienda y continuó dando vueltas al palo en que preparaba un asado humano.

Cuányip, entre tanto, se dirigió al lugar que le había señalado Cásquels, donde encontró a sus dos sobrinos Sasán, ocupados en lavar entrañas humanas en un arroyo que pasaba por ahí.

Se les acercó y, por más repugnancia que sintiera, les ayudó en su faena. Ninguno de ellos reconoció al tío, pero en la conversación que luego iniciaron, se dio a conocer. Los sobrinos casi lanzaron un grito de alegría, pero Cuányip les advirtió que disimularan y continuaran su trabajo como de costumbre. Todavía más: les pidió que se mofaran de él de viva voz, a fin de que Cásquels no tuviera la menor sospecha.

Así lo hicieron, en efecto, pero mientras gritaban los niños, riéndose de él, Cuányip les decía al oído que él permanecería cerca de ese lugar, y que cuando sintieran en la selva, tres veces seguidas, el grito del choroy, emprendieran la fuga hacia un cerro no muy distante, en cuya cumbre lo esperaran.

Cásquels exteriorizó una gran alegría, al ver que los niños ridiculizaban al anciano, pues sentía la satisfacción de que se estaban incorporando a su mundo, imitándolo.

Enseguida, Cuányip se despidió de Cásquels, expresando sus agradecimientos por las atenciones recibidas.

Después de haber devorado el cuerpo humano que había preparado al asado, el gigante durmió durante largo tiempo, y luego salió a cazar nuevas víctimas.

A la señal convenida con Cuányip, los hermanos Sasán emprendieron la fuga, y cuando Cásquels regresó, encontró abandonado su hogar.

El monstruo fue víctima de una rabia que le hizo subir la sangre a la cabeza, de manera que su cara se parecía a la carne fresca de sus víctimas. Luego bramó en forma salvaje, pudiendo escucharse sus lamentos a través de toda la Isla Grande.

Después de esta ráfaga de furia, se agachó al suelo y comenzó a examinarlo, a fin de descubrir las pisadas de los hermanos Sasán. Como había llovido poco antes, éstas se destacaban nítidamente en la tierra.

Tomó en seguida su enorme honda y emprendió la persecución.

Entre la vivienda de Cásquels y el cerro al que se habían dirigido los sobrinos, corría un ancho río, invadeable. Cuányip, quien conocía perfectamente el terreno, se había colocado cerca de él, en un escondite, y cuando se acercaron sus sobrinos, hizo estrecharse sus orillas en tal forma, que ellos pudieron saltar sobre el río sin ninguna dificultad. Antes que se acercara Cásquels, en cambio, hizo separarse otra vez las orillas y crecer la corriente y la profundidad del lecho.

No obstante, el gigante pudo cruzar el río sin mayor esfuerzo, pues era tan grande que el agua apenas le alcanzaba hasta la cintura.

Al ver frustrado su propósito, Cuányip hizo, de inmediato, pantanosa la otra orilla, y cuando Cásquels trató de cruzar esa amplia superficie de fango, se hundió cada vez más en ella, siéndole sumamente difícil sacar sus grandes piernas del barro. De esta manera, el monstruo se cansó sobre manera, y sus fuerzas mermaron visiblemente. No obstante, todavía disponía de suficiente vitalidad para salvar también ese obstáculo.

Entonces Cuányip produjo un gran frío, y el pantano comenzó a cubrirse de hielo. Finalmente, el gigante quedó inmovilizado en medio de él.

Viéndose perdido, comenzó a clamar a grandes gritos:

- isi alguien me ayudara!...

A estos gritos, Cuányip, siempre disfrazado de anciano, salió de su escondite y le manifestó que, agradecido por la hospitalidad que había disfrutado en su hogar, estaba llano a prestarle el socorro que le permitieran sus escasas fuerzas.

Cásquels se quejó de grandes dolores, a lo cual Cuányip le replicó que le indicara el lugar donde los tenía. Cásquels le señaló la espalda. Cuányip entonces le propuso que tendiera sobre el hielo la parte superior del cuerpo, no inmovilizada, a fin de colocar sobre ella su pie, lo que haría desaparecer los dolores. Cásquels así lo hizo.

En este momento, Cuányip, despojándose de su capa raída, e irguiéndose con toda la soltura de sus magníficas fuerzas, le propinó un violentísimo golpe sobre la espina dorsal, matándolo.

Los hermanos Sasán, que observaron esta escena desde el cerro, regresaron corriendo y, ya antes de llegar, dispararon sus hondas a cada uno de los ojos moribundos del gigante, cuyo contenido líquido se desparramó sobre el hielo: de ahí provienen las manchas verdoso-grises que se pueden observar en tantas lagunas. Poco después salió de las cuencas de sus ojos un insecto que todavía suele frecuentar lugares donde hay carnes en descomposición y excrementos: es el tábano.

Hasta el día de hoy, el cadáver de Cásquels permanece en la misma posición en que murió: es la montaña que lleva su nombre, cuya configuración os puede dar una imagen clara de su extraordinario tamaño.

El río a que he hecho alusión en esta relación es el MacLelan. No lejos de él, la vivienda del antropófago todavía está visible en la forma de una enorme quebrada, y las piedras sueltas que encontráis desparramadas alrededor de ella son los huesos de las víctimas que devoró.

Aquehuáuhuen

En el pueblo de los háus, que son parientes de los sélcnam y que viven en la península Mitre, en el extremo suroriente de nuestra Isla Grande, había una familia de pescadores que obtenía su sustento de los helados mares australes.

Formaba parte de aquella familia una bellísima joven, quien no sólo se caracterizaba por su hermosura, sino, además, por ser una habilísima pescadora.

Se la veía salir muy de madrugada a las playas y peñas de aquella costa, regresando siempre con abundante pesca, por lo cual sus hermanos, que eran de mayor edad, la envidiaban. Sus padres, en cambio, le profesaban un amor entrañable.

La región en que se formó y creció aquella muchacha era muy solitaria, de manera que no se le había acercado ningún pretendiente que solicitara su mano.

Muchas veces se sentaba pensativa sobre las rocas, y en su corazón se manifestaba una nostalgia de belleza, anhelando salir de aquel estrecho mundo en que vivía, para conocer otros horizontes y, en fin, se hacía presente el amor: habría deseado ser capaz de elevarse por los aires y recorrer el firmamento azul.

Mientras así soñaba, sintió repentinamente que un pez picaba su anzuelo, por lo cual recogió rápidamente la cuerda. Es cierto, aquel animal se había comido la carnaza, pero no había tragado el anzuelo. Llena de rabia, volvió a colocar carne en él, pero se repitió la escena anterior: desapareció la carnaza, pero no pescó nada. Irritada, la muchacha buscó trozos de carne más grandes, pero siempre volvía a ocurrir lo mismo: perdía la carnaza, sin tener éxito alguno en la pesca.

La joven se colocó entonces sobre una alta roca, para observar lo que ocurría en el agua. Era una mañana clara y de magnífico sol de primavera, cuyos rayos jugaban en torno a su cabeza.

Ocurrió entonces algo inesperado: un león marino, Aquehuáuhuen, levantó su cabeza del agua y miró a la muchacha con sus grandes ojos redondos. Tenía una sonrisa muy curiosa en la cara, mezcla de infantilidad y cariño.

Respiró primero fuertemente por sus narices, y luego le comenzó a hablar.

Reconoció que fue él quien se había comido la carnaza, pero, muy galante, se excusó, diciendo que, aún cuando de buenas ganas se habría querido dejar pescar por tan bella pescadora, habría desistido de hacerlo, porque en tal caso ya no la habría podido ver más. Agregó que desde hacía muchas semanas se paseaba frente a la playa, contemplando su belleza.

La joven, que jamás había escuchado tales palabras de amor, no sabía bien qué contestarle. Primero había querido enojarse con aquel animal, pero luego, mujer, en fin, encontró en la risa burlesca un arma más conforme con su naturaleza.

- ¿Y qué? -le replicó-. ¿Acaso a Ud. le interesaría vivir en la tierra firme? En cuanto a mí, yo jamás entraría a su elemento húmedo. ¡Qué horror! ¡Y tan helado que es!...

- ¿Cree Ud.? -le contestó el león-. ¿Cómo puede comparar la suavidad acogedora del mar con la resistencia que a cada paso ofrece la tierra firme? ¿Tenemos, acaso, en el agua los acantilados de las costas? Cuando salgo a tierra, siento constantemente sus pinchazos, como si me quisieran herir con mil puntas de lanzas. ¡Oh!, no, el mar es mera suavidad y dulzura. Uno puede vagar por él elegantemente a donde quiera. No tiene límites. ¡Y si Ud. tuviera oportunidad de ver lo que hay dentro de él! Los misterios de sus profundidades, los seres fantásticos que lo pueblan...

- Pero cualquiera tormenta lo precipita a uno a esas profundidades, para no regresar más..., -le replicó la joven.

- Eso sólo se les ocurre a vosotros, los hombres, -contestó el león-. ¿Que no tenemos cuevas los leones marinos, para guarecernos en ellas? Le aseguro que ahí estamos mejor protegidos que ustedes en sus viviendas, a través de las cuales sopla la tormenta y penetra la lluvia.

Y así una palabra se juntó a otra, hasta que la muchacha invitó a Aquehuáuhuen a acompañarla sobre la roca.

No necesito explicaros que éste no perdió un momento para hacerlo. De esta manera, el joven león marino se sentó al lado de la joven háus:

En un principio, ella sintió un poco de miedo, y su piel le pareció un tanto húmeda y grasosa.

Pero como sabéis, los leones marinos son muy amorosos, mucho más que nosotros, los humanos. Tienen una expresión tan llena de confianza en su cara, y una indescriptible elegancia en los movimientos de su cuerpo. Además, saben expresarse con tanto cariño...

Finalmente, Aquehuáuhuen propuso a la joven que hicieran un paseo por el mar. Ella le replicó que no sabía nadar y que temía mucho ahogarse. Pero el león no tardó en convencerla de sentarse, con toda confianza, sobre sus espaldas, pues él se preocuparía de su seguridad y le daba la más completa certeza de que no le ocurriría nada.

Así, aquella extraña pareja salió del cabo San Diego y realizó el viaje por mar hasta Bahía Buen Suceso, donde en aquel tiempo no vivía nadie. En ese lugar, Aquehuáuhuen volvió a colocar a la joven sobre la orilla.

Con esta experiencia, ella había perdido todo temor, y estaba resuelta a no separarse más de tan gentil compañero, quien le prometió mostrarle el mundo, satisfaciendo de esta manera uno de sus mayores anhelos.

Mientras él se soleaba sobre las rocas, ella recorría la playa en busca de cochayuyo, pues el largo viaje la había dejado con hambre.

Entre tanto, la familia había notado su ausencia, y sus hermanos salieron a buscarla, recorriendo toda la costa. Finalmente, llegaron a Bahía Buen Suceso, pero cuando la joven los vio acercarse, llamó a Aquehuáuhuen y lo imploró que se lanzara nuevamente con ella al mar, para no tener que regresar donde los hombres. En realidad, tenía ya un gran amor por él.

Alejados de la costa, la joven comunicó a sus hermanos su determinación de no regresar más a su hogar, por haber encontrado un marido que amaba por sobre todas las cosas. Les encargó, además; que explicaran todo a sus padres, encomendándoles los saludaran y pidieran perdón por su alejamiento.

Luego, ambos se dirigieron al mar austral, ella reposando siempre sobre sus espaldas, y no se les vio más.

Lo único que se sabe, es que tuvieron muchísimos hijos, que pronto comenzaron a poblar nuestras costas.

Los Yosi

¿Habéis penetrado alguna vez a nuestras selvas de la región del lago Fagnano?

No es fácil hacerlo.

Encontraréis en ellas los delgados y rectos tallos de la lenga y del ñirre, de corteza blanca y finísimas hojas, que se tienden sobre vuestros ojos como sutil tejido. Más graciosas aún son las hojas del maitén, de suave color verde claro y que parecen caer de lo alto como cascada. Luego se entremezcla el canelo, serio y grave, con grandes y duras hojas, de color oscuro arriba y plateado abajo. De vez en cuando se les une un coihue, de cuerpo inmenso, un verdadero gigante de la selva, que se yergue por sobre todas las demás especies, levantando su cabeza al cielo.

Luego debo mencionar los arbustos pequeños que crecen a la sombra de sus hermanos mayores: la triste zarzaparrilla, con sus racimos de lágrimas, el gracioso calafate, con sus agudas espinas, y tantos otros.

Todos estos árboles y arbustos se juntan estrechamente, impidiendo la pasada, pero lo que más la dificulta, es el enjambre de yoquis y enredaderas que caen de los árboles y cuyos lazos los tienen aprisionados; y la tupidísima capa de musgos que cubre el suelo, de manera que muchas veces uno se hunde hasta la rodilla. Estos musgos cubren también todos los árboles.

Finalmente, cabe mencionar la infinidad de troncos que yacen sobre la superficie, víctimas de temporales que los han derribado y cuyos cuerpos se encuentran en estado de putrefacción.

Agregad, ahora, un exceso de humedad, asemejándose esa selva a una esponja que deja caer espesas gotas de agua, aun cuando el cielo esté sereno, y que lo moja a uno de pie a cabeza; y contemplad, finalmente, la luz lúgubre y tenue que se expande a través de ellas y así os habréis formado una idea, aunque sólo aproximada, de lo que son nuestras selvas

Rara vez observaréis un zorro, con su rabo levantado, al borde de un claro; el pájaro carpintero os anuncia que está trabajando, con los fuertes golpes de su pico; el picaflor extrae de vez en cuando la miel de las rojas flores del voqui y del chilco; una bandada de choroyes descansa, con alegre gritería, en los copos de los coihues, perseguidos por el gavilán y el halcón; y de noche la lechuza, el búho y el murciélago se deslizan silenciosamente por entre las ramas.

Este es el reino de los yósi.

Me preguntaréis qué son estos nuevos seres que tengo el placer de presentaros, y luego lo sabréis.

Todos los sélcnam los hemos visto alguna vez. Y si tomáis un poco de precaución, también lo lograréis.

¿Cómo se les sorprende? Pues; escuchad.

Cansados, os detenéis alguna vez en medio de la selva, reposando sobre un viejo tronco. Ningún ruido perturba la más absoluta tranquilidad que reina en ella. Escucháis solamente vuestro propio aliento. Esa tranquilidad es tan completa, que parece soledad, y algo acongoja vuestro corazón. Se apodera de vosotros cierto sentimiento singular, una mezcla de nostalgia y temor. Quisierais huir de la selva, salir a la pampa abierta, poder mirar lejos. Repentinamente sentís un fuerte crujido. Os asustáis. Un rato más tarde se precipita al suelo, con extraño ruido, un gran coihue. Os levantáis, alarmados, de vuestro lugar y observáis con toda atención lo que eso significa. En la lúgubre penumbra de la selva se destaca cierto contorno luminoso. Poco a poco va adquiriendo forma, y se os presenta como un cuerpo humano, de bellísima talla, perfecto como el más perfecto de los sélcnam. Os dirigís hacia él para hablarle, pero a medida que os acercáis, desaparece. Le habláis, pero sólo os contesta un débil susurro. Por más que os esforcéis por sacarlo a mayor realidad, todos vuestros esfuerzos serán vanos. Presos de pánico, abandonaréis la selva, corriendo sobre el tupido musgo. Pero cada vez que os precipitéis al suelo, debido a los infinitos obstáculos que se presentan a vuestros pasos, escucharéis un crujido, o bien un grito agudo y penetrante, que os inducirá a taparos los oídos. Y quizás, también, algún tronco hueco caerá sobre vuestro cuerpo.

Ahora os explicaré lo que significa todo eso: habréis visto un yósi.

Su reino, como ya os lo dije, son nuestras selvas, y jamás salen de ellas. Son cáspi como nosotros, pero su cáspi es de naturaleza algo distinta. Es impalpable e impenetrable, pero huye cuando se le disparan flechas. Tiene a veces forma clara y casi humana, pero puede también desaparecer repentinamente.

¿No habéis visto extrañas acumulaciones de troncos y ramas en las selvas? ¿Quien las ha colocado en su lugar? Por supuesto, ningún mortal, porque ¿para qué lo haría? Es la leña que juntan los yósi. Lo curioso es, sin embargo, que nunca le prendan fuego.

Son de índole muy inquieta, pues vagan incansablemente a través de la selva, en busca de víctimas. Pero, en realidad, aún cuando nos espantan muy a menudo, nunca nos matan, por más que arrojen piedras y leños en contra de nosotros. Es más lo que nos molestan con sus extraños ruidos, apariciones y gritos agudos.

A veces se nos presentan en grupos de a tres o cuatro, jugando con nosotros todos juntos a la vez.

En cierta ocasión, un sélcnam prendió a un yósi en medio de la selva, tomándolo fuertemente en sus brazos. Pero el yósi comenzó a llorar como un león marino, gritaba estrepitosamente y agitaba su cuerpo en tal forma, que finalmente logró librarse, desapareciendo.

Bellos como el más hermoso de los sélcnam, tal como ya os los describí, los yósi son extremadamente sensuales y aún voluptuosos.

Tienen preferencia por las mujeres bonitas, induciéndolas a penetrar a la selva, donde sacian sus deseos en ellas.

Hay que tomar especiales precauciones cuando se duerme de noche en la selva. Al despertar al día siguiente, uno se dará cuenta fácilmente que recibió durante la obscuridad la visita de los yósi, pues el sueño habrá sido perturbado durante toda la noche por los extraños ruidos que ocasionan, y al contemplar el estado en que se encontrará vuestra mujer, veréis de inmediato que ella fue

víctima de ellos, pues estará como exhausta y despertará tarde y en medio de dolencias.

Me preguntaréis, ahora, quizás, de donde tenemos una información tan completa de la vida que llevan los yósi. Pues bien, una vez una mujer que había sido seducida por ellos a penetrar a la selva -desde donde nunca suelen regresar-, logró escapar de ellos y llegó al campamento, relatando cuanto había visto.

Al día siguiente, esa mujer había muerto.

Algo sobre los Animales

Ya os he hablado, en diversas ocasiones, acerca de los animales, y habréis comprendido que los sélcnam les tenemos verdadero cariño.

No son los animales lo mismo que los hombres. Nosotros somos con, ellos jón. Pero ellos tienen cierta manera de cáspi, no igual al nuestro, por cierto, pero siempre cáspi.

Por otra parte, en tiempos antiguos hubo muchas relaciones entre los hombres y los animales, y todavía las hay.

Es por eso que os quiero hablar hoy algo sobre los animales.

Para nosotros, el más importante de todos es el guanaco, pues sin él no podríamos vivir, ya que nos suministra la mayor parte de nuestros alimentos.

En tiempo de los hóhuen había hombres-guanacos, siendo numerosos los testimonios según los cuales muchos hombres se transformaron en estos animales. También ha habido casos en que un animal ha sido la madre de un hombre.

Con el fin de evitar que se extingan estos animales, les hemos reservado como pastizales las praderas de Heuhuépen, que quedan en los alrededores del lago Fagnano, donde su caza está prohibida.

Antiguamente, había, pues, verdadera convivencia del hombre con el guanaco, y este animal, tan curioso y novedoso, frecuentaba nuestras casas, entrando a ellas sin ningún temor, de manera que era fácil prenderlo con la mano.

Igual amistad mantenía Yóhuen, el guanaco, con Huás, el zorro. Tan estrechos eran los lazos que los unían, que se juntaban frecuentemente para conversar, cambiando opiniones sobre todos sus asuntos. Huás tenía muchos niños, y un día, cuando el padre había salido a cazar y sus cachorros se encontraban solos, el guanaco entró a su madriguera, lo que espantó sobre manera a los zorritos, quienes se pusieron a aullar lamentosamente. Así los encontró Huás, cuando regresó. Astuto como es, el zorro quiso devolverle la mano a su amigo, y cuando Yóhuen volvió a verlo, lo dejó entrar tranquilamente, pero una vez dentro de la madriguera, hizo levantarse un verdadero mar de chispas y largó espantosos gritos. Atemorizado, Yóhuen emprendió velozmente la fuga y no regresó más. Desde entonces es tímido y comienza a tiritar cuando uno se le acerca. Pero como ha seguido siendo novedoso, nunca huye a gran distancia, sino que se detiene muy luego, para observarnos. ¡Nada más gracioso que cuando esos animales lo miran a uno con sus grandes ojos, llenos de sorpresa!

Jóolce era un hóhuen de pequeñísima estatura, un verdadero enano, constituyendo, por lo tanto, una gran excepción entre los sélcnam, pues todos somos de alta talla. Cuando llegó a la ancianidad, quiso transformarse en un guanaco, pues estos animales, tan bien crecidos, ágiles y ligeros, siempre le parecieron un verdadero ideal. Pero todos los hombres se unieron y le prohibieron lograr su propósito, pues no deseaban que hubiera también guanacos enanos. Por eso se vio obligado a transformarse en un zorzal, lo que explica por qué el grito de este pájaro es tan parecido al del guanaco.

Otro de los hóhuen fue Córre, un varón de esbelta figura y muy bello. De él se enamoró Marsa, una magnífica hembra de guanaco, que jamás se apartaba de su vivienda, contemplándolo incesantemente. Tan grande fue la lealtad que tuvo para con su amigo, que cuando éste falleció y se transformó en una colina de color café claro, de la que los sélcnam obtienen la pintura con que se untan el cuerpo, que lleva el nombre de Córre, Marsa se revolcaba todo el día en esa tierra, gimiendo por la pérdida que había sufrido. Esto nos explica el origen del color de los guanacos.

Mucho más os podría contar de los guanacos, pero deseo ser breve y hablaros también de otros animales.

* * *

Seguramente, habéis visto muchas veces las toninas, esos graciosos pobladores de nuestros mares, que emergen de las aguas en elegante curva, para luego sumergirse de nuevo. ¿Sabéis por qué lo hacen? Pues escuchad, os lo voy a contar.

En tiempos antiguos, una mujer recorría la playa, recogiendo mariscos. Repentinamente, escuchó desde el Sur un sordo clamor, como si el mar bramara a gran distancia. Ese ruido, sin embargo, se acercó rápidamente, y como nunca lo había sentido hasta entonces, corrió, muy alarmada, donde su familia, para ponerla sobre aviso. Todos observaron atentamente y escucharon ese mismo clamor. Era como si la tierra temblara muy lejos. Pronto las olas comenzaron agitarse con violencia creciente.

Las dos familias reunidas, que eran las de Csámenc y de Quemánta, temieron que el mar volviera a salir, cubriendo toda la tierra, hasta las montañas más elevadas, como ya lo había hecho en una ocasión anterior.

Por tal motivo, buscaron refugio en las peñas de la costa, pero como el bramido siguiera creciendo y las olas se mostraran cada vez más enfurecidas, estimaron que la mejor protección que podían encontrar consistía en salir mar afuera, como luego lo hicieron.

Resultó, sin embargo, que Quemánta, el marido de la pescadora, no sabía nadar, por lo cual permaneció sobre las rocas. Creyéndolo perdido, sus parientes se le acercaron, sin embargo, y lo arrojaron al agua, donde se sumergió inmediatamente. Pero sus familiares concurren a prestarle ayuda y lo volvieron a sacar a la superficie, repitiendo esto hasta que aprendiera a nadar un poco. Más tarde resolvieron todos quedarse en el mar, para no volver a verse expuestos a un diluvio, transformándose en toninas. Y así, hasta el día de hoy, podéis ver cómo Quemánta sube de vez en cuando a la superficie, para luego hundirse en el mar. Al parecer, ya ha aprendido a nadar un poco mejor.

En realidad, aquellos hóhuen no tenían motivo para alarmarse tanto. Lo que se les acercaba no era un diluvio, como creían, sino que el bramido se debió a que Jóse se acercaba desde el Sur a la costa, aquel poderoso señor de la nieve, que en invierno, y a veces también en verano, invade nuestro país con su gran ejército, cubriendo todos los campos con su blanca capa. Por otra parte, se explica que aquellos hóhuen no comprendieran lo que realmente ocurría, pues aquella fue la primera visita que Jóse hiciera a nuestra isla.

* * *

Hubo, en tiempos antiguos, dos ancianos, un hombre y su mujer, que tuvieron un hijo de extremada belleza. Nació completamente blanco y radiante como el sol. Era desde su primera infancia un verdadero prodigio, pues mamó durante sólo dos días, desarrollándose con extraordinaria rapidez. A los pocos días de nacido, su padre le obsequió una lanza, y con ella salió a cazar moscas y mosquitos, demostrando gran habilidad. Se llamaba Emienpóot. No tardó mucho en salir a cazar leones marinos, reuniendo siempre una gran cantidad de carne. Los vecinos se admiraban de ello, pues sus padres eran ya muy ancianos, y nadie sospechaba que el niño, que todavía era guagua, fuera capaz de cazar esos animales. Finalmente, cuando los padres revelaron el secreto, todos se quedaron muy admirados.

Cuando había crecido un poco más, Emienpóot tuvo mayores aspiraciones: quería cazar también aves marinas. Pero para hacerlo necesitaba una embarcación, que los sélcnam no conocían hasta aquel tiempo. Por eso, con la ayuda de su padre juntó cortezas de árboles y yoquis y construyó la primera piragua que cruzó nuestros mares. Siempre regresaba de la caza con un rico botín.

Esta actividad del joven desagradaba mucho a la madre, pues temía que le pudiera ocurrir una desgracia.

En efecto, un día con viento Norte lo arrastró consigo al mar, y no regresó más a su hogar.

Los padres, desconsolados, fallecieron al corto tiempo, pues se encontraban desamparados y solos, siendo incapaces de procurarse suficiente alimento.

La verdad es, sin embargo, que Emienpóot volvió poco más tarde, pero ahora transformado en gaviota y acompañado de una mujer-gaviota. Anidaron sobre las rocas que se encontraban frente a la vivienda de los ancianos y vivieron ahí muchos años.

Ahora comprenderéis por qué la gaviota es tan habilosa pescadora y cazadora.

* * *

Cuáicin, el carancho, aquella temible ave de rapiña, que seguramente habéis observado de vez en cuando en nuestro cielo, era en la época de los hóhuen un hombre del Sur y poderoso jon. Tenía la particularidad de ser sumamente pendenciero y gran hablador, al extremo de que su lengua casi nunca estaba tranquila. Además, tenía enormes fuerzas y era un gran luchador.

Como en su país reinaba en aquel tiempo un frío tan espantoso, que se helaba hasta la médula de los huesos, prefirió venirse a vivir acá, buscando un ambiente un poco más hospitalario.

De inmediato buscó a alguien con quien poder pelear, encontrando un contradictor en Queyáisc, el cormorán.

Muchos presenciaron esa espectacular contienda y nos han relatado sus pormenores.

En uno de sus episodios, Cuáicin logró dominar a su adversario, prendiéndolo fuertemente de los brazos y doblándole la espina dorsal hacia atrás. Es por eso que los cormoranes se presentan siempre con figura tan tiesa.

Más tarde, Queyáisc tomó a Cuáicin del cuello y se lo estiró desmesuradamente tirándole al mismo tiempo del cabello, de manera que le extrajo casi todo el que tenía. Así se explica que los caranchos tengan una cabeza tan arrugada y pelada.

En realidad, en aquella lucha no triunfó ninguno de los dos combatientes, aunque ambos resultaron muy estropeados. Este desenlace dejó muy amargado a Cuáicin, pues se había ufanado de vencer a cualquier contendor. En parte, por esta pena, pero también por vergüenza, cambió de nombre, y se llamó desde entonces Cárrcai.

Hasta el día de hoy no ha perdido sus facultades de gran jon, pues tiene gran influencia sobre el tiempo.

Al lanzar sus gritos roncros y estrepitosos, es seguro que se levantará viento Sur y que reinará gran frío, con espantosas heladas.

* * *

Como os estoy hablando de gente pendenciera, quisiera agregar los nombres de otros dos, que, aunque mucho más pequeños, no por eso dejan de pelearse constantemente. Me refiero a Céip, el chincol, y Síica, la loica.

Cuando todavía eran hombres sobre esta tierra, sus rivalidades terminaron con una formidable lucha cuerpo a cuerpo.

Síica logró tomar a su adversario con una mano por la garganta y con la otra por los cabellos. Por eso, el chincol lleva una mancha blanca en la garganta y tiene un cototo con un copo de plumas elevadas sobre la cabeza.

Céip, que era algo más chico, arremetió con la nariz en contra de la parte del pecho de su contrario, abriéndoselo, de manera que derramó mucha sangre. Hasta el día de hoy podéis ver esa mancha en el pecho de la loica.

* * *

Huás, el zorro, tenía un nieto muy aventurero y valeroso que se llamaba Cácac, el pájaro carpintero. Ese joven dio mucho que hacer a todos los vecinos, pues a nadie dejaba tranquilo con sus travesuras.

No obstante, recibió una lección muy dura que vino a transformar su carácter.

En efecto, por aquel tiempo vivía una mujer muy avara, de quien os contaré otros detalles, llamada Taita, quien siempre poseía una gran cantidad de carne, de la que no convidaba a nadie. Además, era de carácter dominante y pretendía crear un gobierno como Cra, por lo cual todos le tenían muy mala voluntad.

Cácac manifestó un buen día a su abuelo, el zorro, que había acordado matarla. Este, mucho más inteligente y astuto que aquel, le hizo ver que tal propósito era de muy difícil realización, pues Taita disponía de gran poder de jon. No obstante, Cápac insistió, consiguiendo que su abuelo lo preparara para tal empresa, pintándole la cabeza de rojo.

Para acercársele sin ser visto por ella, Cápac cavó un surco en la tierra y avanzó, moviéndose sobre las rodillas. De esta manera llegó hasta el cabo Peñas, donde Taita estaba cazando leones marinos.

De improviso, Cápac la tomó de los pies y arrojó al agua, pero la mujer lo pescó de la lengua, estirándosela hacia afuera, y torciéndola hacia abajo. Además, lo aturdió con fuertes golpes que le dio sobre la cabeza. Por poco, lo mata.

Es por eso que el pájaro carpintero lleva hasta el día de hoy la lengua en la misma posición en que la dejó Taita, y los golpes que recibió en la cabeza explican que no sea muy habiloso y un poco tonto.

* * *

Finalmente, y para terminar estos cuentos de animales, os quiero explicar por qué el más pequeño de todos, el piojo, salta sobre nuestra cabeza.

Apen, el piojo, hizo un día una apuesta con Quélpel, la lagartija. Se trataba de establecer quién de los dos era más rápido. Quélpel estaba convencido de que ganaría, pues hasta entonces Apen tenía el renombre de ser muy lento, debido a que se movía con lentitud, arrastrándose por la tierra, sin ser capaz de saltar.

La lagartija en cambio, como bien lo sabéis, es extremadamente rápida en sus movimientos, girando con gran facilidad alrededor de su propio cuerpo. Fue por eso que recibió con satisfacción la proposición del piojo, de que la prueba consistiera en que éste saltara sobre ella, ofrecimiento que aceptó de inmediato.

Ocurrió, sin embargo, que Apen comenzó a prepararse cuidadosamente para el día de la prueba, dando saltos rápidos, cuya altura aumentó pronto.

Así, la sorpresa de Quélpel fue grande cuando se llevó a efecto el certamen. Por supuesto, como era tan rápida en sus movimientos, le era fácil esquivar los saltos de Apen, pero finalmente comenzó a cansarse, y el piojo logró acercársele. Dos o tres veces tocó su cuerpo en sus saltos, pero Quélpel logró arrojarlo al suelo. Finalmente, sin embargo, Apen se sentó sobre Quélpel, ganando la prueba.

Lo curioso es que desde entonces Apen no perdió más la costumbre de saltar, y lo sigue haciendo hasta el día de hoy. De esta manera logra encaramarse a nuestra cabeza.

¡Las cosas que aprenden los animales!

Los Jon

Os he mencionado en diversas oportunidades los jon, pero no he tenido ocasión de explicaros lo que representan en nuestra vida. Mejor dicho, me he reservado esto hasta este momento, pues tenía que deciros muchas otras cosas, antes de poder hablar de ellos.

Cuanto os he relatado hasta aquí se refiere al mundo exterior, a aquel que podemos captar con nuestros ojos, o que nuestros antepasados han visto y experimentado, transmitiéndonos su realidad.

¿Pero es ese el único mundo existente?

Indudablemente, cuando el tronco de un árbol cae sobre nosotros y nos hiere, estamos autorizados para decir que fue el mundo exterior el que nos ocasionó esa herida. Pero a veces sentimos congoja en nuestro corazón, nos volvemos tristes y padecemos dolencias aún mayores que las físicas, sin que podamos afirmar que la causa provenga del mundo exterior.

O bien, cuando soñáis, ¿no se os presenta a veces un mundo que es totalmente distinto del exterior? ¿No tenéis imágenes, visiones, no veis cosas que podrían parecer perfectamente inverosímiles, pero estáis autorizados para afirmar que sean menos reales que la realidad que veis con vuestros ojos?

Hay muchos entre los sélcnam que conocen su país hasta el último rincón, pues llevamos una vida errante e intranquila, siempre en busca de alimentos. Casi todos nosotros, podría afirmar, nos encontramos en esta condición. Pero esas correrías se limitan únicamente al mundo exterior, cuyo conocimiento ha llegado entre nosotros al más alto grado, pues estamos en situación de contestar cuantas preguntas nos queráis formular acerca de él.

Pero hay también algunos que se han esforzado por conocer ese otro mundo, que podríamos llamar el interior, cuya extensión y profundidad son tal vez aún mayores que las del exterior, pues por distante que se encuentre de nosotros Cran, y por grande que sea la distancia desde Cran hasta el cielo en que vive Temáuquel con los cáspis de los fallecidos, mucho mayor aún es la distancia que mide entre nuestra existencia como hombres de carne y hueso y los confines de aquel mundo que se abre dentro de nosotros y que sólo logramos captar por medio de los ojos interiores de que estamos dotados.

Pues bien, para deciros, ahora, lo que es un jon, debo expresaros que es un hombre que lleva el conocimiento de ese otro mundo hasta donde es posible hacerlo.

Es, por supuesto, muy difícil para mí hablaros de estas cosas, pues para comprenderlas hay que disponer de una vocación especial, de que carezco. Pero si logro disipar un poco la bruma que nos separa de ellas, me consideraría extremadamente feliz.

Quizás la mejor manera de lograrlo consista en que os relate lo que hace un jon.

Podréis verlo a menudo, completamente ensimismado, frente a su hogar. En vez de dirigir su mirada hacia afuera, para ver las cosas palpables que lo rodean, como lo hacemos nosotros, sus ojos corporales se encuentran como vacíos y están fijos en un solo punto, como si repudiaran preocuparse de las cosas exteriores.

Luego comienza a entonar una canción prolongada y monótona, pero vigorosa, que repite siempre las mismas notas:

- Lolololo... hoiyoiyoiyoi... yeiyeieyeie...

Poco a poco, el jon va perdiendo el conocimiento de su existencia humana. Toda su atención está concentrada en torno a ese otro mundo que nace en él. Primero se le aparece como una pequeña luz, cuya luminosidad va creciendo, hasta llenarlo totalmente.

Es por eso que decimos que los jon tienen un cutis sutilísimo y que su interior está compuesto de una materia blanda y sumamente liviana, como si fuera de plumas. Tampoco contienen sus cuerpos ninguna clase de líquidos, ni sangre, pues si fueran como nosotros, ¿cómo podrían ver todo lo que ven?

Ni siquiera tienen cáspi, pues todos lo tenemos, y bien sabemos que cuando fallecemos nuestro cáspi se separa del cuerpo para ir a residir al lado de Temáuquel.

En vez de cáspi, los jon tienen el huáiyuhuen, que es algo parecido a nuestro cáspi, pero distinto. El huáiyuhuen no se dirige donde Temáuquel, ni tiene nada que ver con él. Permanece siempre sobre esta tierra, de manera que cuando fallece un jon se queda cerca de su cadáver hasta penetrar en el cuerpo de un nuevo jon. Se transmite así, de generación en generación y es inmortal. Siempre vuelve a presentarse y mientras vivan sélcnam sobre esta tierra habrá también jon.

El huáiyuhuen es de tamaño muy pequeño cuando está separado del cuerpo, pero crece cuando penetra en él, hasta llenarlo totalmente.

Este huáiyuhuen actúa en el jon, como si fuera una persona distinta de él. Le habla. Le muestra cosas que ningún ojo humano jamás ha visto. Lo arrastra consigo. Le presenta melodías, colores, formas, cosas inauditas e inexpresables. Ya os lo dije: le ofrece un mundo que es inmensamente mayor que el exterior.

El arte del jon consiste, ahora, en entrar en las relaciones más estrechas imaginables con ese su huáiyuhuen. Hay entre ellos, pues; una convivencia perfecta. Si se logra establecer ésta, el poder del jon es también inmenso...

No es difícil de explicar que esto sea así, si tenéis presente que el huáiyuhuen en un perfecto jon, es capaz de alejarse de él, para recorrer los espacios infinitos de ese mundo interior. Aún más: el jon perfecto es capaz de dirigir esas salidas del huáiyuhuen solicitándole que le traiga las noticias que necesita conocer.

Así, un jon puede enviar su huáiyuhuen hasta Cra, la luna, para conocer su estado de ánimo, y aún mucho más lejos.

A veces, cuando el huáiyuhuen revela esos hechos al jon, éste, no obstante encontrarse ensimismado, demuestra estar excitadísimo. Los he visto revolcarse por el suelo, dando su cuerpo grandes saltos y mostrando sus ojos estar posesionados. Pero quisiera agregar, rogándoos hacer fe a mi palabra, que los jon jamás son hombres enfermos, histéricos o anormales, pues sólo los más sanos de los sanos tienen vocación para cumplir su cometido.

Además, os puedo dar la más absoluta seguridad de que los jon jamás engañan a la gente, pues ¿para qué lo harían, cuando nadie les recompensa sus trabajos?

Al contrario, os puedo dar testimonio de que los jon sufren los mayores padecimientos gracias a los conocimientos que suelen adquirir. ¿No os parece que ver las cosas, no sólo por sus contornos exteriores, sino también desde adentro y tener nociones precisas de un mundo mucho más profundo que el que ven nuestros ojos, tiene que significar para un ser humano un esfuerzo inmensamente mayor que el que hacemos al usar los órganos de nuestro cuerpo?

Os ruego, pues, creerme, que los jon representan la parte más seria de nuestro pueblo.

Es por eso que un jon experimentado adquiere un poder casi ilimitado sobre la salud, la vida y muerte, el estado del tiempo, la suerte en la caza y muchas cosas aún más importantes. Debido a la concentración de sus facultades espirituales, llega a conocer la causa de todos esos fenómenos, y conociéndola, ¿no es fácil remediar sus consecuencias?

Vosotros, los hombres blancos, nos habéis venido a enseñar, por ejemplo, que toda enfermedad proviene de que algo muy pequeño, imperceptible, penetra en nuestro cuerpo: un animal de reducido cuerpo, un veneno o algo similar. Seguramente, al enseñarnos esto, habéis creído aportarnos una gran novedad. Pero os puedo asegurar que nuestros jon, desde los tiempos más remotos, desde los primeros hóhuen que poblaron este mundo, han dicho exactamente lo mismo. Eso pequeño de que vosotros nos habláis, lo llamamos cuaque, y tal como lo hacen vuestros médicos, nuestros jon procuran extraerlo del cuerpo para sanar al enfermo.

Pero lo que llamamos cuaque no es solamente un animalito o un veneno (que muchas veces puede serlo, en efecto), sino que es también, a veces, algo que no tiene forma corporal, ni que se pueda ver, ni sentir, ni es substancia alguna. Puede ser un cuaque de índole del cáspi, es decir, impalpable, sin existencia física, pero por eso no menos eficaz como tóxico que entra en nosotros y nos produce las enfermedades de la mente, del alma, del corazón, que nada tienen que ver con el cuaque material de que nos habláis.

Y ahora os pregunto, ¿cómo queréis dominar ese cuaque, que no es susceptible de ser tratado con drogas o instrumentos, si no es por el arte que emplean nuestros jon? ¿Hay otra manera de conocer lo que no pertenece al mundo exterior, que no sea la penetración al mundo interior? Y os hago esta otra pregunta: ¿tenéis vosotros, los blancos, hombres como nuestros jon, que traten de comprender ese otro mundo?

No sé si me ha sido posible hacerme inteligible, al hablaros de algo que escapa a nuestra experiencia diaria. Además, debo repetiros que no soy jon, y que, por lo tanto, no tengo suficiente conocimiento de su arte para explicarme mejor.

Pero, por otra parte, es muy probable que si consultarais a alguno de ellos, guardaría el más hermético silencio y no os diría nada de lo que sabe.

Cocpómec

Creo que después de lo que os he explicado acerca de la naturaleza de nuestros jon, comprenderéis algunas historias que os quiero relatar, en que ellos son protagonistas.

Entre ellos, Cocpómec fue, indudablemente, uno de los más simpáticos y sobresalientes.

Era hijo de Quehac-onh, el Sur y se caracterizó por su magnífica figura, pues era alto bien formado; además, tenía gran juicio y era experimentado en muchas cosas, de manera que todos buscaban sus consejos.

Era un gran cazador, y siempre tenía muy buena suerte en la caza, lo que se atribuía tanto a su habilidad como a su destreza en la confección de armas de mucho primor y eficacia.

De esta manera, le fue posible ayudar a muchos. Pero como tenía un carácter muy independiente, llevaba una vida un tanto solitaria, pues no deseaba depender de nadie.

Figuró entre los siete hóhuen que celebraron el primer clóqueten masculino, después de la tragedia motivada por la arrogancia de Cra, introduciendo en aquella ocasión las costumbres y reglas que se observan hasta el día de hoy.

Pero lo que destacó especialmente a Cocpómec, fue haber inventado el canto y utilizarlo como parte de las prácticas de los jon.

Cuando salía a caza, solía descansar en un alto cerro, donde entonaba sus cantos, cuyo eco se escuchaba a través de toda la Isla Grande.

En esos cantos relataba antiguas tradiciones, describía estados de ánimo, y no había tema que no tratara con singular maestría, de manera que los ancianos lloraban al escuchar sus relatos históricos, los ojos de las jóvenes brillaban de felicidad cuando se refería al amor, y hasta los guanacos detenían su marcha cuando escuchaban su voz.

Tan inmenso era el poder de los cantos inventados por Cocpómec, que lograba cazar animales con ellos, y una vez hizo que se varara una ballena, atraída por ellos a la costa.

Cuando cantaba, Cocpómec estaba como en éxtasis, pues sus melodías tenían aprisionado completamente su espíritu. Parecía sentir entonces una profundísima satisfacción, y considerarse elevado a un mundo superior. Su estado de ánimo era similar al que tenemos nosotros cuando tratamos de acercarnos a Temáuquel.

Y así, en uno de esos estados espirituales a que me acabo de referir, olvidándose de todo, y pensando quizás en qué, tomó las flechas que había confeccionado y se las incrustó al cuerpo.

Afortunadamente, aquel ejemplar varón no murió, sino que se transformó en el pájaro que lleva su nombre y que nos sigue deleitando con sus cantos.

Oncoljón

Oncoljón era otro de los más renombrados jon de aquella lejana época. Era del Norte, y quienes lo llegaron a conocer lo tuvieron en especial estimación y aprecio, pues era capaz de realizar verdaderos prodigios.

No obstante, otro jon, que vivía en el Sur, se expresaba de él en forma despectiva afirmando, que era un charlatán dedicado a engañar a la gente.

Llegado esto a conocimiento de Oncoljón, concentró toda su atención en torno a la mejor venganza que podía tomar, para conservar su prestigio. Finalmente, comprendió que lo más acertado era emprender la marcha al Sur, acompañado de su gente, lo que hizo.

Pasaron por algunas lagunas en que vivían ballenas, las que Oncoljón mató con el poder de su mirada. En una de ellas vivía, sin embargo, una ballena dotada de tan poderosa fuerza de jon que era capaz de resistir los ataques de Oncoljón. Este comprendió que si la atacaba, ella lograría abrir un canal al mar, escapando a través de él. Por eso ordenó a su gente que se alejaran de la laguna, rodeándola en amplio círculo. Debido a esto, aquella ballena todavía vive en esa laguna hasta el día de hoy.

Cuando se acercó al Sur; Oncoljón pudo apreciar, con la ayuda, de su huáiyuhuen, el poder de su contradictor, y lo mismo hizo este último, de manera que durante algún tiempo se libró una feroz lucha entre los huáiyuhuen de ambos, procurando cada cual de ellos imponerse.

Sumido en profundo ensimismamiento, Oncoljón pudo seguir las alternativas de esa contienda, y finalmente logró apoderarse del huáiyuhuen del jon del Sur, matándolo. Esto implicaba que el jon del Sur también tenía que morir, pues los jon no pueden vivir sin su huáiyuhuen.

El jon del Sur todavía no había observado que su propio huáiyuhuen ya había muerto, y seguía disparando sus flechas en contra del huáiyuhuen de Oncoljón, sin éxito.

Finalmente, el jon del Sur regresó completamente exhausto a su campamento, buscando de inmediato su lecho, para morir poco después.

Oncoljón, quien conocía ya el desenlace de esa lucha, fingió también estar completamente agotado, pero sólo lo hizo para engañar a su gente, pues en realidad ya tenía conocimiento de haberse librado del peligro que lo asechaba.

Cuando poco más tarde llegó al campamento la noticia de la muerte del jon del Sur, y todos estallaron en alegre gritería, Oncoljón se levantó sonriente de su lecho, plétorico de fuerzas, y todos reconocieron sus condiciones sobresalientes de jon.

Elancáiyinc

Elancáiyinc fue otro de los grandes jon de aquel tiempo.

Tenía un hijo, llamado Síspi, quien se había enamorado de una muchacha de una región lejana. Bien lo sabéis que las jóvenes que provienen de lejos siempre nos parecen más bellas que las de nuestros alrededores...

Síspi había realizado solo el largo viaje hasta la joven, y durante muchos días se había movido alrededor del campamento, observando a la niña, sin acercársele, como lo suelen hacer nuestros jóvenes.

Resultó, sin embargo, que los padres ya habían prometido a otro la muchacha, de manera que cuando se presentó para solicitar su mano, se la negaron. Pero en vez de hacerlo con palabras medidas y corteses, se precipitaron sobre Síspi, maltratándolo gravemente.

Cuando regresó en este lamentable estado donde su padre, éste acordó vengar el ultraje recibido por la familia.

Al atardecer, se sentó frente al hogar y comenzó a cantar, realizando en seguida el ensimismamiento de que ya os he hablado. En aquella noche tuvo un sueño largo y profundo.

En realidad, logró de esta manera concentrar todo su poder en una enorme ballena, que dirigió a la orilla del mar donde vivía la familia de la joven.

Cuando ésta despertó al día siguiente y descubrió la ballena, lo que siempre significa un hallazgo extraordinariamente feliz entre nosotros, tan parcos en alimentos, su alegría fue grande. Todos corrieron a la playa, para participar en el reparto de la carne.

Ocurrió, sin embargo, algo raro con aquella ballena, pues cada trozo que se cortara de ella comenzaba inmediatamente a crecer. Otro, que el repartidor de la carne tiró a uno de los parientes de la joven, comenzó a dar saltos y lo golpeó con tal violencia en la cabeza, que luego murió. Los demás trozos también daban saltos y mataban a los presentes. Finalmente, todos los trozos cortados comenzaron a regresar donde la ballena, juntándose, y el animal se hizo al mar.

Cuando Elancáiyinc despertó, después de haber presenciado todo esto, manifestó a su hijo que lo había vengado.

Síspi, entonces, regresó donde su amada, pero en el camino se vio perseguido por la imagen, el man, de ésta, y comprendió que ella había fallecido. Para salvarse de su persecución, encendió una gran hoguera, escondiéndose debajo del humo que producía. Desde aquí comenzó a disparar flechas en contra del man, pero éste se le acercó y lo hirió gravemente en la rodilla, por lo cual resolvió regresar a casa.

Debido a la herida sufrida, sólo pudo marchar con lentitud, y la noche lo sorprendió en el camino. Vio una luz en la bruma, a la que se acercó. Era un joven, que estaba cazando gansos silvestres con una antorcha, cuya luz encandilaba, los

pájaros, de manera que era fácil cogerlos. Le dio dos aves, pero le advirtió que se alejara rápidamente, pues si lo sorprendía su madre, lo podía matar con su mirada.

Más tarde, esa misma noche, encontró una lechuza en una selva y le disparó una flecha, pero el pájaro comenzó a hablarle en lengua háus, expresándole que conocía su historia y le tenía lástima, por lo cual estaba anheloso de ayudarlo. Se le acercó en seguida y lo sanó de la herida que el man le había ocasionado en la rodilla.

Cuando regresó finalmente a casa, se había disipado el recuerdo de cuanto le había ocurrido, y tampoco pensó más en la joven que había pretendido.

Táiyin

Y ahora, que estamos llegando al término de estas brevísimas relaciones acerca de nuestra vida y pueblo, quiero presentaros al más atrayente de los personajes de nuestro pasado. Me refiero a Táiyin.

Ya habréis comprendido que, conforme a los mandamientos que recibimos de Quenós, a los humanos corresponde el deber primordial e ineludible de trabajar, trabajar y trabajar.

Hay, sin embargo, muchas maneras de cumplirlo. Se puede trabajar simplemente para atender las necesidades de la vida, o para hacer un bien a otros, pero hay también ciertos hombres, no muy frecuentes, para quienes el trabajo es una necesidad interior, algo como el sentido de su existencia. Parecen posesionados de la intención de transformarlo todo en acción.

Táiyin fue uno de estos últimos. Desde su primera infancia desarrollaba una actividad infatigable, y su mayor alegría consistía en moverse, en hacer cualquiera cosa. Por eso, sus padres le dieron un nombre que estuviera de acuerdo con su carácter, pues Táiyin significa picaflor. En realidad, tan inagotable era en su acción, que se asemejaba perfectamente a ese hermosísimo pájaro, tan raro en nuestra Isla Grande, pero frecuente al Norte del estrecho, donde vivía el tío del niño, Cáuj. Tal como el picaflor, Táiyin era siempre gran madrugador.

Uno de los mayores placeres del joven consistía en cazar guanacos, lo que hacía con la honda, pues en aquella época todavía no se conocía el arco. Disfrutaba de gran renombre como cazador, pues tenía una puntería admirable, no errando jamás el blanco. En todas sus cosas era, además, sumamente ordenado y habiloso por lo cual su tío tenía gran orgullo por tan magnífico sobrino.

Por aquellos tiempos, una mujer, cuyo nombre y carácter ya os indiqué, Taita, tenía dominado a todo el pueblo.

Como recordaréis, esta mujer era extremadamente avara, egoísta y de mal genio. No sólo no convidaba a nadie de la carne que reunía en grandes cantidades sino que llegó aún al extremo de negar a los demás el uso del agua, para lo cual tapó con cueros las lagunas, pozos, ojos de agua y vertientes, matando con un gran cuchillo de piedra blanca a quien se les acercara. También impedía el uso del agua de parte de todos los animales, sin exceptuar a los marítimos y los mariscos.

De esta manera, todo el pueblo se vio sometido a los caprichos de esa mala mujer y tenía que obedecerle ciegamente.

Como consecuencia, los sélcnam tuvieron que sufrir grandes padecimientos, pues reinaba una espantosa sed. Como sabéis, el agua es la única bebida que conocemos, lo que os explicará hasta qué grado llegó la de desesperación de todos.

Cuando, finalmente, los niños comenzaron a morir de sed, se reunieron los ancianos, como suelen hacerlo cuando se presentan problemas comunes, a fin de deliberar acerca de la mejor manera de poner término a esta situación. Cáuj, el tío de Táiyin, se encontraba entre ellos.

Todos estaban de acuerdo en que era preciso dar muerte a Taita, pero la cuestión consistía en determinar de qué manera se podía realizar ese propósito. Por mucho que deliberaran los ancianos, no lograron encontrar el camino para conseguirlo. Pero cuando ya estaban por separarse, Cáuj les expresó que en su opinión lo más acertado era encomendar el asunto a Táiyin, pues lo consideraba capaz de darle una solución satisfactoria.

Esta proposición fue aceptada por la unanimidad de los ancianos, y todos se dirigieron a él, ese mismo día, para hacerle ver que era preciso que se sacrificara en bien de la colectividad. Táiyin, de inmediato, y sonriéndose lleno de satisfacción, así se los prometió y sin perder un instante comenzó a preparar la acción.

Pocos días después reunió a todo el pueblo en medio de la selva, para que Taita no los descubriera, y les manifestó que todos juntos debían dirigirse donde ella, formando una masa compacta, en medio de la cual se encontraría él, oculto. Agregó que luego presenciarían un desenlace favorable para todos.

En efecto, así lo hicieron. El hecho de acercársele todo el pueblo, como si fuera un solo cuerpo, no amedrentó en lo más mínimo a Taita, quien salió a su encuentro, blandiendo su gran cuchillo blanco. Estaba furiosa, y de su boca salía una espuma venenosa.

La masa humana siguió, sin embargo, avanzando, y finalmente se separó de Táiyin, adelantándose completamente solo en dirección a Taita. Ella evocó todo su poder de temible jon y se precipitó sobre él, pero Táiyin giró su honda y la mató con un golpe tan formidable de la piedra que le arrojó, que ésta le separó la cabeza del tronco.

Al ver este triunfo, todos estallaron en grandes gritos de alegría, pero en realidad todavía no había motivo para hacerlo, pues del cuerpo de aquella mujer comenzaron a brotar verdaderos torrentes de sangre que corrían en todas las direcciones, ensuciando las lagunas y vertientes. Para evitar mayores perjuicios, Táiyin, corriendo velozmente de una parte a otra, se vio en la necesidad de recoger esa sangre y arrojarla lejos de nuestra isla, hacia el Norte, donde todavía hay lagunas que tienen ese color de sangre. Sólo después de largo tiempo, la sangre dejó de correr.

La satisfacción que sintió Táiyin por su éxito fue aún mayor que la del pueblo. Como enloquecido, corría por todas partes y continuaba disparando piedras con su honda. Donde caían, nacían ríos, arroyos y ver tientes. Una gran piedra arrojada al Norte abrió el estrecho, separando nuestra Isla Grande de la tierra firme. Otra, disparada al Sur, abrió el gran canal. Muchas pequeñas que cayeron hacia Poniente, formaron la infinidad de islas que bordean la costa por esa parte. Y si no hubiera intervenido Cáuj, implorando a su sobrino que se calmara y dejara de seguir actuando, nadie sabe lo que habría ocurrido con nuestro país.

Tranquilizado Táiyin, por fin, se dirigió a la vivienda de Taita, donde encontró algo insospechado y que era, hasta entonces, desconocido a nosotros: un magnífico arco y un haz de flechas. Tomó el arco en sus manos y lo examinó cuidadosamente: era de madera dura y flexible, algo más ancho al centro que en los extremos, y ambas puntas estaban unidas por fuertes tendones de guanacos. Observó en seguida las flechase eran perfectamente redondas y llevaban atrás blancas plumas de ganso silvestre, y en el otro extremo una punta de pizarra, dentada. El habiloso Táiyin, de inmediato, comenzó a utilizar estos instrumentos, y muy pronto había descubierto su uso. Desde aquella época los empleamos.

Infatigable, considerando siempre el trabajo como la mayor alegría, las acciones de Táiyin fueron múltiples, y me sería imposible relatarlas todas. Ya os habréis enterado de que él, después de Quenós y Cuányip, fue quien produjo las mayores transformaciones en nuestra tierra.

Pero os quiero dar cuenta de un hecho de trascendental importancia que le debemos. Me refiero al reparto de nuestra Isla Grande que él hizo y que se ha conservado hasta el día de hoy.

En los tiempos anteriores, los sélcnam podíamos movernos libremente a través de ella, y así los hóhuen recorrieron todo el territorio, desde el canal del Sur hasta el estrecho del Norte y desde uno al otro de los dos grandes mares que nos rodean por Poniente y Oriente. Cada familia llevaba su propia e independiente vida, muy rara vez la paz de la comunidad era perturbada por rivalidades.

Pero en la época en que vivió Táiyin, el número de familias había aumentado mucho, y a menudo se encontraban varias en una misma región, lo que dificultaba mucho la caza, pues la cantidad de animales no era suficiente para alimentarlas a todas.

Por eso, Táiyin, que era extremadamente ordenado en todas sus cosas, estimó necesario dividir el pueblo en estirpes, fijando a cada cual una determinada región, dentro de la cual debía practicar la caza. De esta manera, dividió la Isla Grande en treinta y nueve distritos, limitados por ríos o montañas y cerros, y prohibió que las familias pertenecientes a una determinada estirpe invadieran el territorio correspondiente a otra.

Este orden establecido por Táiyin no significa que haya pretendido crear entre nosotros algo semejante a un gobierno, régimen que sólo conocéis vosotros, los blancos.

Para decir la verdad, en nuestro país hubo dos tentativas para instaurar algo de esa naturaleza: ambas tenían su origen en mujeres ambiciosas, Cra y Taita, pero ambas dieron un pésimo resultado, como habéis tenido oportunidad de saberlo.

Es por eso que todos los sélcnam estamos en el más perfecto acuerdo con Cáuj, cuando explicó a sus contemporáneos el significado del triunfo de su sobrino, en las siguientes palabras: "En el futuro ya no ocurrirá jamás lo que pasó cuando Taita estaba todavía en vida. Si alguien pretendiera mandar a todos, tendría que repetirse forzosamente lo mismo, pues nosotros daríamos muerte a quien tratara de hacerlo, así como lo hicimos con la peligrosa Taita".

Es por eso que entre nosotros nadie está obligado a obedecer a nadie, aún cuando todos estamos sometidos al orden instaurado por Quenós y los hóhuen.

Después de haber hecho este reparto de la tierra, el incansable Táiyin se dirigió otra vez al Norte, cruzando el estrecho formado por él mismo, y no se le vio más en nuestra tierra.

Sólo muy rara vez nos visita el pájaro que lleva su nombre.

Despedida

Al terminar, ahora, esta exposición que os he hecho de nuestros mitos y cuentos, debo agradecerlos haberme escuchado con tanta atención.

Os he hablado de un mundo que ya no existe, al menos no en la forma completa como lo he expuesto.

Debo confesaros, además, que he hecho una relación tan completa, precisamente porque ese mundo está desapareciendo y en la esperanza de que quizás alguno de vosotros anote cuanto os he dicho, para darlo a conocer por medio de un libro impreso, progreso de que nosotros carecemos.

Hace algunos decenios, el hombre blanco comenzó a invadir nuestra isla.

Es mucho lo que podría contaros acerca de los arbitrios que utilizó para extinguir nuestro pueblo. Comenzó ocupando las tierras que Táiyin, por encargo de Temáuquel, había distribuido entre las treinta y nueve estirpes. Cercó los pastizales; los pobló de ovejas, dedicándose al mismo tiempo a cazar nuestros guanacos. Los sélcnam, que en un principio creían poder disponer de esas ovejas, como antes cazaban los guanacos, saciaban su hambre con ellas, pero el hombre blanco, que nos había arrebatado nuestras tierras, declaró que ello representaba un robo y armó bandas para matar a nuestra gente, pagando una o dos monedas de oro por cada sélcnam asesinado. A menudo colocaba ovejas envenenadas en los campos, cuyo consumo contribuía a diezmar a nuestro pueblo. Se inició una guerra a sangre y fuego, como resultado de la cual los nuestros fueron expulsados de sus campos, teniendo que retroceder cada vez más al Sur, donde todavía viven algunos.

Quisiera dejar expresa constancia de que estos bandoleros no fueron chilenos ni argentinos, sino extranjeros [*] que llegaron a nuestra Isla Grande desde el otro lado del gran océano. Cuando los gobiernos chileno y argentino se dieron cuenta de lo ocurrido, pusieron atajo a estos crímenes, pero nuestro pueblo ya había quedado reducido a una fracción del número de habitantes que tenía antes.

Más, no quiero hacer recriminaciones, ni entregarme a lamentos, que poco armonizan con nuestro carácter.

He evocado esta reciente historia de Tierra del Fuego solamente para poder deciros algunas palabras de despedida.

Seguramente, vendrá el día en que habrá muerto el último de los nuestros y en que nadie usará ya nuestra lengua.

Nadie hablará entonces con EL DE ALLÁ ARRIBÁ, nadie conocerá a Quenós, nadie evocará a los hóhuen, cuyos nombres principales quiero volver a citaros: el irascible Cenuque; Háis, el bueno, pero desgraciado, que concibió con su propia hija Aquelvóin al más grande de todos, Cuányip; Cran y Cra, cuya tragedia tuvo proyecciones cósmicas; el impetuoso Quehac-onh, el Sur, tan enamorado de Huauquelnáma, la hija de Ctáit, el Norte; Cásquels, el sangriento gigante; y, finalmente, Táiyin, tan activo y realizador.

No sólo os he hablado de ellos y de sus obras y destino, sino que me he esmerado, además en explicaros cómo se formaron todas las cosas, y os he relatado lo que son nuestros jon, y los yósi, y como se generaron y por qué son como se nos presentan nuestros animales.

Os he hablado de la vida y de la muerte, de este mundo y del otro, del cáspi, y de muchas otras cosas.

Creo que habréis recibido la impresión de que, en todo momento, me he atenido a la más estricta verdad, lo que, desde luego, podéis deducir del hecho de que no me he limitado a deciros cosas favorables de los sélcnam, sino que os he relatado también muchas desfavorable. No me ha guiado, pues, otra intención que la de pintaros este país y este pueblo como realmente son, sin inventar nada.

Como veis, soy hombre viejo, y a veces, cuando pienso en el triste destino de nuestro pueblo, de extinguirse quizás para siempre, me he preguntado si realmente desaparecerá con nosotros cuanto ahora conocéis de lo nuestro.

Indudablemente, esto sería aún más triste que nuestro desaparecimiento de esta tierra.

Pero si tenéis presente que este país es lo que es, gracias a los hombres que actuaron en él desde tiempos remotísimos, que cada río, cada fuente y cada cerro tienen su historia y que cuanto nos rodea son testimonios de nuestro pasado, petrificaciones formas vivas de nuestro espíritu, creo que no tenemos motivo para separarnos de ese mundo con ánimo triste y pesimista.

Creo, al contrario, que en esta tierra ocurrirá, tendrá que producirse forzosamente algo que podría explicar así:

Vosotros, los blancos, habéis creído poder apoderaros de nuestra tierra, pero ahora nuestra tierra se apoderará de vosotros.

Dejad pasar los años, y luego vuestro Dios comenzará a transformarse aquí en Temáuquel, y vuestros antepasados adquirirán el espíritu de los nuestros, y así, al contemplar estas praderas y estas selvas, estos ríos y estas montañas, nuestros hóhuen resucitarán, una vez más, en vuestros hijos, porque son inmortales y no perecerán mientras exista esta tierra, porque son ella misma y se identifican con todas sus formas.

Es todo lo que tenía que agregar a cuanto os he dicho.

Fin

[*] Nota del Editor: Entre aquellos extranjeros, quien más se destacó por su crueldad, fue el estanciero judío Julius Popper, que se atribuye a su haber la exterminación sistemática del pueblo sélcnam.